

MIRA DE AMESCUA, ANTONIO (1574-1644)

EL ESCLAVO DEL DEMONIO

PERSONAS que hablan en ella:

MARCELO de Noroña, viejo
Don DIEGO de Meneses
DOMINGO, lacayo
Don GIL Núñez de Atoguía
Don SANCHO
FABIO, criado de don Sancho
FLORINO
ANGELIO, demonio
CONSTANCIO, labrador viejo
Don Sancho, PRÍNCIPE de Portugal
Don RODRIGO
ARSINO, labrador
RISELO
LISARDA, hija de Marcelo
LEONOR, hija de Marcelo
BEATRIZ, criada de Lisarda
LÍSIDA, pastora
Un ESCUDERO
Dos ESCLAVOS
Un MÚSICO
Un ÁNGEL

ACTO PRIMERO

Salen MARCELO, viejo, y LISARDA y LEONOR, hijas suyas

MARCELO:
Padre soy, hago mi oficio;
tomad consejo esta vez,
y sed por tal beneficio,
báculos de esta vejez,
columnas de este edificio.
Si las acciones humanas
con igual amor de hermanas

dirigís a la virtud,
a la fuerte juventud
no envidiarán estas canas.
Un año fue el curso mío,
mayo la niñez inquieta,
la juventud fue el estío,
otoño la edad perfeta,
la vejez invierno frío.
Mi cuerpo apenas se mueve,
que la edad mayor es breve,
como el hombre no es eterno,
y por estar en mi invierno
me cubre el tiempo de nieve.
Sirviendo a mi rey gasté
la flor de mi edad dorada
que en sus límites se ve,
y así he dejado aumentada
la nobleza que heredé.
Ésta quiero conservar
y así te pretendo dar,
Lisarda, el estado que amas;
pues que las dos sois las ramas
en que el fruto he de mostrar.
Cásate, estado recibe;
hágame Dios tal merced
antes que el tiempo derribe
aquesta baja pared,
que agora temblando vive.
Don Sancho de Portugal,
que de la sangre real
gotas en sus venas tiene,
a ser tu marido viene
mañana.

LISARDA:

(¡Yo estoy mortal!)

Aparte

MARCELO:

Tú, Leonor, que el pensamiento
a Dios eterno ofreciste,
de que yo vivo contento,
ya que el estado elegiste,
sabe elegir el convento.
Tus intentos son divinos,
que en esta vida en que estamos

todos somos peregrinos
del cielo, aunque caminamos
por diferentes caminos.
Cada estado ya se sabe
que es camino, cuál es grave,
cuál es fácil; la casada
lleva su cruz más pesada
y la monja menos grave.
Al Cordero, que inocencia,
siguen con gran reverencia
diferentes monarquías,
y quiero que con las mías
gocen de esta diferencia.
Brazos míos sois las dos,
estados son en que fundo
poder abrazaros Dios;
con el uno a vos y al mundo,
con el otro solo a vos.
Una monja, otra casada,
quedará mi casa honrada,
y yo con ánimo fuerte
en el umbral de la muerte
lloraré mi edad pasada.

LISARDA:

(Mi lengua perpetuamente Aparte
se atreve a decir de no;
rabio Amor, muero impaciente).

LEONOR:

Tu esclava he de ser.

LISARDA:

Y yo
una hija inobediente.
La venganza y la afición
efecto de ánimo son
que suelen torcer el curso
a la costumbre, el discurso
al honor y a la razón.
Son estas pasiones
que unos tiranos se hacen
de nuestras inclinaciones,
y de no vencerlas nacen
extrañas resoluciones.
De las dos vencida fui;

que a don Sancho aborrecí,
y a don Diego de Meneses
tu enemigo, ha cuatro meses
que mi voluntad rendí.
Ésta es fuerte inclinación
y no la puedo vencer,
hace en el alma impresión,
no discierno, soy mujer,
y tomo resolución.
Si con él me has de casar
yo obedezco.

MARCELO:

(¡Que escuchar Aparte
pueda un padre tal rigor!
Ciega la tiene el amor
y quiérome reportar).

LISARDA:

Mudar, Leonor, no pretendo
mi propósito ofendido.

MARCELO:

Angel, mira que me ofendo.

LISARDA:

Ángel soy, y así no olvido
lo que una vez aprehendo.

MARCELO:

Tu aprehensión te condena.

LISARDA:

Fuerza de estrellas me inclina.

MARCELO:

No se fuerza lo que es buena.

LISARDA:

A quien amor determina
ninguna razón refrena.

MARCELO:

¿A un traidor, a un homicida
que priva de dulce vida
a un hijo que yo engendré

tienes amor, tienes fe?
¿No es tu sangre la vertida?
¿Qué fiera, qué irracional,
qué bárbaro hiciera tal?
Hoy parece mujer mala
que quiere más y regala
aquel que la trata mal.
Plega a Dios, inobediente,
que casada no te veas,
que vivas infamemente,
que mueres pobre y que seas
abhorrecible a la gente.
Plega a Dios que destruida
como una mujer perdida,
te llamen fascinerosa,
y en el mundo no haya cosa
tan mala como tu vida.

LEONOR:
Templa tu enojo, señor,
que espantan tus maldiciones.

MARCELO:
Descubro en esto el valor.

LISARDA:
yo las inclinaciones.

MARCELO:
¿De quién, falsa?

LISARDA:
De mi amor.

Vase LISARDA

MARCELO:
Quien ve tanta desvergüenza
también verá mi deshonor,
porque en la mujer comienza
a morir crédito y honra
cuando pierde la vergüenza.
Hija que al padre desprecia,
viva y muera con infamia,
siga como loca y necia
a la antigua Flora y Lamia,

no a Penélope y Lucrecia.

LEONOR:

Señor, mal dije "señor,"
que en este nombre hay rigor
por la sucesión del hombre,
padre digo, porque es nombre
de más dulzura y amor.

Templa, templa tus enojos,
que con esas maldiciones
podrán mirarlas tus ojos
divertidas las acciones
entre sus vanos antojos.

Muéstrale el semblante amigo,
porque si está porfiando
una mujer, yo te digo
que es mejor consejo blando
que colérico castigo.

Yo la rogaré y en tanto
habla tú a don Gil, el santo
que Coímbra reverencia
por su ayuno y penitencia,
oración y tierno llanto,
para que a don Diego pida
se contente del rigor
con que fue nuestro homicida,
sin pretender el honor
que es de los nobles la vida.

MARCELO:

Eres el cielo que ordenas
las cosas con igualdad
eres arco que serenas
mi rostro en la tempestad
de mis lágrimas y penas.
Mi cólera es bien detenga
y que por ti a pensar venga,
que en este mundo pesado
no hay hombre tan desdichado
que algún consuelo no tenga.
Plega a Dios que desigual
tu vida a tu hermana sea,
y este viejo ya mortal
tan venturoso te vea
que reines en Portugal.

Vanse. Sale don DIEGO de Meneses

DIEGO:

Amor, si tus pasos sigo
no sé qué camino elija,
pues vengo a adorar la hija
de un hombre que es mi enemigo;
temo, resisto y prosigo.
Teme en balde la prudencia,
y resisto con violencia,
mas es cual rayo el amor
que hiera con más rigor
donde halla resistencia.
Pasa Leandro el estrecho,
Hero en él se precipita;
Tisbe la vida se quita,
Píramo se rompe el pecho.
¿Quién lo hizo? Amor lo ha hecho,
porque vence si porfía
y la condición más fría
en amor se trueca y arde
y en el ánimo cobarde
suele engendrar osadía.
Osar tengo, y no temer
que a Lisarda he de gozar
pues bien me quiere.

Entre DOMINGO, lacayo, con un billete

DOMINGO:

Al pasar,
éste me dio una mujer.

DIEGO:

Aun hay sol, podré leer.
"Don Diego, el alma se abrasa
por tí, y mi padre me casa;
mas si amor te da osadía,
ven esta noche a la mía,
me llevarás a tu casa."
Cielos, dadme el parabién,
pues que mi ventura es tal
que apenas supe mi mal
cuando encontré con mi bien.
Fortuna, no des vaivén
ya que al mismo sol me igualas.

Trae, Domingo, unas escalas
aunque superfluos serán
donde favores me dan
que pueden servirme de alas.

DOMINGO:
Don Gil te viene buscando.

DIEGO:
Azar es esta ocasión
hallar un santo varón
que se está martirizando
al que mal está pensando,
y al que con su carne lucha.
Amistad me tiene mucha;
uno es flaco y otro fuerte.

Sale don GIL de hábito largo

GIL:
Don Diego.

DIEGO:
¿Qué quieres?

GIL:
Verte
y hablarte.

DIEGO:
Dime, ¿qué?

GIL:
Escucha:
Son amigos los consejos,
unas amargas lisonjas
que al alma dan dulce vida
y a las orejas ponzoña.
Son luz de nuestras acciones,
son unas piedras preciosas
con que amigos, padres, viejos
nos regalan, y nos honran.
El darlos es discreción
a quien los pide y los honra,
y es también locura el darlos
si no se estiman y toman.

Fuerza es darlos al amigo,
y la ocasión es forzosa
si al cuerpo importa la vida
y al alma importa la gloria.
Tu amigo soy, y una escuela
nos dio letras, aunque pocas;
se te cansaren consejos
buen es la intención, perdona.
Ya tú sabes la nobleza
de los antiguos Noroñas,
señores de Mora, lustre
de la nación española.
Y ya sabes que estas casas
que celas, miras y adoras
son de esta noble familia
rica, ilustre y generosa.
Tú, que dignamente igualas
cualquier majestad y pompa,
porque es bien que los Meneses
pocos iguales conozcan,
cortaste la tierna vida
con tu mano rigurosa,
al primogénito ilustre
que padres y hermanas lloran.
Accidental fue el suceso,
no quiero culparte agora;
llegó tu espada primero,
fue tu suerte venturosa.
Cumpliste un breve destierro,
que blanda misericordia
vive en los pechos hidalgos
y fácilmente perdonan.
Los nobles son como niños,
que fácil es desenojan,
si las injurias y agravios
a la nobleza no tocan.
Agravios sobre la vida
heridas son peligrosas,
mas sólo incurables son
las que caen sobre la honra.
Al fin, las heridas tuyas
tienen salud, aunque poca,
que al alma incita el agravio
y al agravio la memoria.
Pues si este viejo no imita
a la africana leona,

ni a la tigre remendada
en la venganza que toma,
¿cómo tú, tigre, león,
rinoceronte, áspid, onza,
no corriges y no enfrenas
tus inclinaciones locas?
"Busca el bien, huye el mal;
que es la edad corta;
y hay muerte, y hay infierno,
hay Dios y gloria."
Si con lascivos deseos
de Lisarda te aficionas
y en ella pones los ojos,
la pasada injuria doblas.
A un agravio habrá piedad
pero a más está dudosa,
que aun a Dios muchas ofensas
rompe el amor si se enoja.
Teme siempre el ofensor
si el agravio le perdonan,
que su justicia da voces
y el rigor de Dios invoca.
Refrena, pues, tu apetito,
porque es bestia maliciosa,
y caballo que no para
si no le enfrenan la boca.
Si aspiras a casamiento
pretendan tus ojos otra,
porque no habrá paz segura
si resulta de discordia.
De largas enemistades
viene paces, pero cortas,
porque es pasar de odio a amor
jornada dificultosa.
Quien reconcilia enemigos
madera podrida dora,
y al temple pinturas hace
que fácilmente se borran.
Busca otros medios süaves
si pretendes paz dichosa,
y sobre bases de agravio
columnas de amor no pongas.
"Busca el bien, huye el mal;
que es la edad corta,
y hay muerte, y hay infierno,
hay Dios y gloria."

DIEGO: Predicador en desierto,
hora es ya que te recojas.

GIL: Quien hace mal aborrece
la luz y busca la sombra.

Como la noche ha venido
a tu gusto tenebrosa,
quieres que solo te deje;
líbrete Dios de tus obras.

Él corrija tus intentos,
Él te inspire y te disponga,
y Él no te suelte jamás
de su mano poderosa.

Vase don GIL

DIEGO:

Dichoso tú que no sabes
de pasiones amorosas,
no conoces disfavores,
desdén y celos ignoras;
y desdichado también,
pues los regalos no gozas
del Amor, que en nuestros ojos
tiende su red cautelosa.

Sale DOMINGO con la escala

DOMINGO:

Ya traigo escala, temiendo
no me encontrase la ronda.

DIEGO:

Y yo, parece que veo
al balcón una persona.
¿Es mi Lisarda?

Sale LISARDA al balcón

LISARDA:

¿Es don Diego?

DIEGO:

Soy, mi dueño, y mi señora,
quien idolatra ese rostro
imagen de Dios, hermosa,
quien sacrifica en tus aras

un alma ajena y fe propia.

LISARDA:

Yo quien recibe la fe
y la ha pagado con otra,
quien no ha temido, quien ama,
quien es cuerda, quien es loca,
quien se atreve, quien es tuya,
quien te espera y quien te adora.
Procura subir arriba
mientras amor me transforma
en hombre, porque me lleves
sin que nadie me conozca.
En esta cuadra me espera,
que sin luz, cerrada y sola
la dejaré.

DIEGO:

Escala traigo.

LISARDA:

Ladrón que el alma me robas...

Vase LISARDA

DIEGO:

Arrímala, pues, Domingo;
que quiero escalar agora
este cielo de Lisarda.

DOMINGO:

A mil peligros te arrojas.

DIEGO:

Amor me da atrevimiento.

DOMINGO:

Y a mí temor estas cosas.
¿He de subir yo contigo?

DIEGO:

La escala es bien que recojas
cuando suba, y en lo oscuro
de aquesta calle te pongas,
y esto ha de ser sin dormirte.
Mira, Domingo, que roncas

cuando duermes y aun a veces
a gritos dice tu boca
lo que te pasa de día
y a los demás alborotas.

DOMINGO:

No era bueno para grulla,
no puedo velar una hora;
que tengo el sueño pesado.

DIEGO:

Vela esta noche, que importa.

Pónese a dormir DOMINGO, entre don GIL con una
linterna y halla a don DIEGO en la escala

GIL:

Esta noche para el cielo
un alma voy conquistando;
mas la casa de Marcelo
está don Diego escalando.
Desdichas grandes recelo.
¡Don Diego!

DIEGO:

(Temo perder Aparte
la gloria de esta mujer).
¿Qué quieres?

GIL:

¿Adónde subes,
piedra arrojada a las nubes
que sube para caer?
Bajen tus altivas plantas
movidas de torpe amor,
Nembrot que torres levantas
contra el cielo del honor
de aquestas doncellas santas.
Baja, loco carnicero,
ladrón de honrados tesoros,
cobarde y mal caballero.
¿En qué alcázares de moros
estás subiendo primero?
En un libro Dios escribe
a la virtud y al pecado
de él que en este mundo vive,

y aqúeste libro acabado,
la gloria o pena recibe.
Y siendo así, tus delitos
tienen cercanas sus penas,
porque son tan infinitas
que ya están las hojas llenas
donde Dios los tiene escritos.
Marcelo es árbol que pudo
dar el fruto que tú amas,
y si cual bárbaro rudo
le vas quitando las ramas,
quedará el tronco desnudo.
La vida y honra también
son columnas en que estriba
su casa. El brazo detén;
dájale vida en que viva,
y honra con que viva bien.
Si el cuerpo joven desalmas
de su hijo, y sin deshonor
su sangre atinó tus palmas,
no le derrames la honra
que es la sangre de las almas,
Si no hay quien quite ni pida
lo que no puede tornar,
advíerte, ingrato homicida,
que no eres rey para honrar
ni Dios para dar la vida.
Teme a Dios cuya persona
es con los hijos que trata
como parida leona,
que a quien los ofende mata
y a quien los deja perdona.
Ave es, y tus obras malas
se oponen contra los cielos,
siendo milano que escalas
un nido donde hay polluelos
que cubre Dios con sus alas.
Número determinado
tiene el pecar. ¿Y qué sabes,
si para ser condenado
sólo te falta que acabes
de cometer un pecado?
Ea, gallardo mancebo,
advíerte a lo que te debo,
si en gracias de Dios estoy
lo que te debo te doy.

DIEGO:

Penitencia haré de nuevo.
No pienso escalaros, rejas.
Perdonad, Lisarda, vos.
Don Gil, trocado me dejás
porque a las voces de Dios
no ha de haber sordas orejas.
Trae, Domingo, esas escalas,
y tú, que con santo celo
a los milanos me igualas,
eres cazador del cielo
y me has quebrado las alas.

Desciende don DIEGO y vase

GIL:

¡Cielos, albricias, vencí!
No es pequeña mi victoria.
Un alma esta vez rendí;
mas, ¿qué es esto? Vanagloria,
¿cómo me tratáis así?
Aquí se queda la escala
manifestando su intento,
¿oh, qué extraño pensamiento!
¡Jesús, que el alma resbala,
y mudó mi entendimiento!
La fe de esta corazón
huyó, pues que la Ocasión
es la madre del delito,
que si crece el apetito
es muy fuerte tentación.
Lisarda arriba le aguarda
a quien ama tiernamente.
Imaginación, detente,
porque es hermosa Lisarda.
Corazón, ¿quién te acobarda?
Loco pensamiento mío,
mirad que sois como río
que a los principios es fuente
que se pasa fácilmente
y después sufre un navío.
Subiendo podré gozar...
¡Ay, cielos! ¿Si consentí
en el modo de pecar?
Pero no, que discurrí.

Tocando están a marchar
mis deseos. La razón
forma un divino escuadrón.
El temor es infinito.
Toca el arma el apetito
y es el campo la ocasión.
Huye, Gil, salta tu estado,
no escapes de vivo o muerte.
Conveniente es ser tentado;
mas si Cristo va al desierto
ya la batalla se ha dado.
La conciencia está oprimida;
la razón va de vencida.
¡Muera, muera el pensamiento!
Mas, ¡ay alma!, cómo siento
que está en peligro tu vida!
Mas esto no es desvarío;
yo subo. ¿Qué me detengo
si subo al regalo mío?
Mas, ¿para qué, si yo tengo
en mis manos mi albedrío?
Nada se podrá igualar,
que es la ocasión singular
y si de ella me aprovecho,
gozaré, don Diego, el lecho
que tú quisiste gozar.
[La ejecutada maldad
tres partes ha de tener:
pensar, consentir y obrar.
Y siendo aquesto así,
hecho tengo la mitad;]
que es pensamiento liviano
no resistirle temprano.
Dudé y casi es consentido.
Alto, pues, yo soy vencido.
Soltóme Dios de su mano;

que a Lisarda gozaré
sin ser conocido entiendo.

Sube don GIL y despierte DOMINGO

DOMINGO:
Basta que en pie estoy durmiendo
como mula de alquilé;

pero al tiempo desperté
que subió arriba don Diego;
y mientras él mata el fuego
y se arrepiente y le pesa,
soltaré al sueño la presa
y dormiré con sosiego.
Dentro está. Yo determino
hace del suelo colchón;
que no hay cama de algodón
como un azumbre de vino.
Y no hay Roldán Paladino
que a dormir cual yo se atreva,
si el estómago no lleva
con este licor armado.
A quien despierta el cuidado
si dormir pretende, beba.

Quita DOMINGO la escala y duérmese

GIL:

Sola, cerrada y oscura
está esta cuadra. Lisarda,
que Marcelo duerma, aguarda
o está en su cama segura.
Ya me tiene su hermosura
tan determinado y loco
que parece que la toco.
¡Ay Amor, si imaginado
eres tan dulce, gozado
no será tu gusto poco!
Mil pensamientos me inflaman,
porque pleitos y recados
andan siempre encadenados;
que unos a otros se llaman.
Estos intentos me infaman
y el crédito iré perdiendo.
¿Con el mundo irme pretendo
y conservar mi opinión?
Sabe el cielo mi intención
que ya, por Dios, no desciendo.
¡Mas la escala no está aquí!

Habla entre sueños DOMINGO

DOMINGO:

No bajes sin que la goces.

GIL:

¿Quién me anima y me da voces?
Temiendo estoy. ¡Ay de mí!
Bajar por donde subí
no es posible.

DOMINGO:

¡Espera, espera

GIL:

Bajar no puedo aunque quiera.
¿Si me vio alguno subir?

DOMINGO:

¡Justicia de Dios!

GIL:

Huir,
no la podré.

DOMINGO:

¡Muera, muera!

GIL:

La justicia de Dios es
que me viene a amenazar.

DOMINGO:

No la dejes de gozar,
yo te ayudaré después.

GIL:

Ya me anima. ¿Cómo, pues,
si estoy hablando entre mí,
responderme puede así
a lo que yo a solas hablo?

DOMINGO:

¿Quién ha de ser si no el diablo?

GIL:

¿Si estoy condenado?

DOMINGO:

Sí.

GIL:

Luego, si estoy condenado,
vana fue mi penitencia,
y ha venido la sentencia.

DOMINGO:

¡Vino, vino!

GIL:

¿Ya ha llegado?

DOMINGO:

Bebe y come.

GIL:

Si he ayunado
en balde, ya comeré.

DOMINGO:

¡Brindis!

GIL:

La razón haré,
pues que la carne me brinda.

DOMINGO:

Goza la ocasión, que es linda.

GIL:

Ésta y otras gozaré.

Vase don GIL y despierta DOMINGO alborotado

DOMINGO:

¿Vienes, señor? ¡Por Dios que me he dormido!
"Es hora? "Eres tñ? Nadie parece.
En sueño dulce estaba sepultado.
Al principio soñaba una pendencia
que don Diego tenía, y que bajaba
sin gozar de Lisarda los favores;
mas luego que en regalo y pasatiempo
la boda celebrábamos alegres
brindándonos con vino de los cielos...
Mas ya se van huyendo las Cabrillas,
y las ruedas de Carro se han parado,
y el Norte ya no toca su bocina,

y no sale don Diego. A gran peligro
estoy en esta calle con la escala.
¿Si está dentro? ¿Si, estando yo durmiendo,
se fue? Dudoso estoy. No sé qué haga.
Estando dentro, ¿no esperará el día?
O si quiere bajar por la ventana,
saltar puede en el suelo fácilmente;
que al fin para bajar no importa escala.
Mejor consejo es irme de esta calle,
y más que están abriendo ya las puertas
de casa de Marcelo y han salido
dos hombre, y don Diego no parece.
Mas yo me acojo; que el temor empieza
a subirse cual vino a la cabeza.

Vase DOMINGO y salen don GIL y LISARDA en hábito
de hombre

LISARDA:
Mucho, don Diego, has callado.
Ya estamos solos. No estés
cubierto ni recatado.

GIL:
Ten paciencia, que no es
don Diego quien te ha gozado.

LISARDA:
¿Quién eres?

GIL:
Quien ha subido
hasta la divina esfera;
pero cual Icaro he sido
que volé con fe de cera
y en el infierno he caído.
Un segundo Pedro fui
y tú el fuego de Pilato,
pues por llegarme hoy a ti,
como necio y como ingrato,
negué a Dios y le perdí.
Por la voz de un gallo fue
a llorar con pecho tierno.
Yo cual precepto escuché
una voz del mismo infierno
con que he perdido la fe.

Don Gil soy.

LISARDA:

¡Triste de mí!
¿Y don Diego?

GIL:

Él me ha traído
a que gozase de ti
para dejar ofendido
tu padre otra vez.

LISARDA:

Así
se cumplen como merecen
mis esperanzas prolijas,
mi agravio y desdichas crecen;
que en esto paran las hijas
que a sus padres no obedecen.
¿En qué pecho habrá paciencia?

GIL:

Para tan grave dolor
igual es nuestra imprudencia.
Tú perdiste mucho honor
y yo mucha penitencia.

LISARDA:

Deja que vuelva a mi casa
antes de nacer el día.

GIL:

Eso no, adelante pasa;
que era el alma nieve fría
y es un infierno y se abrasa.
La vida de aqueste pecho
hoy correrá más apriesa
por el gusto y el provecho,
pues se ha soltado la presa
que las virtudes han hecho.
Por ti perdí la prudencia
por el infierno profundo,
con la carne la abstinencia,
el crédito con el mundo,
y con Dios la penitencia.
Por ti he perdido el jornal

que esperaba recibir
del Señor universal,
y entro de nuevo a servir
a un amo que paga mal.
Ya serán mis ejercicios
pecados fascinerosos,
que así salen de sus quicios
los que fueron virtuosos
y siguen tras de los vicios.
Conmigo, Lisarda hermosa,
has de ir; que para los dos
no negará el mundo cosa,
pues nos ha soltado Dios
de su mano poderosa.

LISARDA:

¿Qué dices, alma? No puedes
quedar en más vituperio.
Tú, cuerpo, ¿qué no te quedas
que temas de un monasterio
las solícitas paredes.
¿Qué replicas, alma? Que es
es de buena conciencia.
¿Y tú, cuerpo? Que ya ves
que es temprana penitencia
pudiendo hacerla después.
La maldición es cumplida
de mi padre. El cielo temo.
Ya lloro mi honra perdida.
Ya va llegando a su extremo
la desdicha de mi vida.
Tres enemigos me dio
el cielo en mi mal prolijo:
don Diego que me engañó,
mi padre que me maldijo
y don Gil que me forzó.
Mi padre en su maldición
colérico estuvo y ciego;
venció a don Gil la afición;
sólo el ingrato don Diego
no tiene satisfacción.
Don Gil, ¿querrás ayudar
la venganza de mi agravio?

GIL:

En pedir y perdonar

mueve el encendido labio
cual fino coral del mar.
La estrella que te ha inclinado
sigue, que yo pienso ser
un caballo desbocado
que parar no he de saber
en el curso del pecado.
Sigue el gusto y la venganza;
que lo que tu pecho ordene
emprenderá, sin mudanza,
esta alma que ya no tiene
fe, caridad ni esperanza.

LISARDA:

Adiós, casa en que nací;
adiós, honra mal perdida;
adiós, padre que ofendí;
adiós, hermana querida;
adiós, Dios a quien perdí.
Perdida voy, y es razón
que tengan tal desventura
las que inobedientes son.

GIL:

No hay alma buena, segura,
si no huye la Ocasión.
Como en Dios no he confiado
y en mis fuerzas estribé
en el peligro pasado,
soberbia angélica fue
y así Dios me ha derribado.

Vanse don GIL y LISARDA. Salen MARCELO y LEONOR

MARCELO:

Leonor, el grave cuidado
que a un viejo padre conviene
con dos hijas sin estado,
toda esta noche me tiene
afligido y desvelado.
Si Lisarda, cruel, porfía,
y de mi amor se desvía,
será obligación forzosa
dejar de ser religiosa.

LEONOR:

Tu voluntad es la mía.

Sale BEATRIZ, criada

BEATRIZ:
Señor.

MARCELO:
Tu miedo me espanta.

BEATRIZ:
Helada tengo y asida
al suelo la débil planta,
a un grave dolor la vida,
y la voz a la garganta...

MARCELO:
Di, ¿de qué estás admirada?

BEATRIZ:
Piensa de qué puede ser.

MARCELO:
Dilo, pues, no estés turbada;
que me estás dando a beber
veneno en taza penada.

BEATRIZ:
Lisarda, Lisarda ha escrito...

MARCELO:
Anda en su mismo apetito,
mas tu lengua no la nombre;
que en sólo decir su nombre
me has dicho ya su delito.
Mas dime, ¿a quién escribió?

BEATRIZ:
A don Diego de Meneses.

MARCELO:
¿Qué le ha escrito?

BEATRIZ:
Le llamó.

MARCELO:

¡Calla!

BEATRIZ:

Y sé...

MARCELO:

Mas, ¡ay, no cesas!
Di, ¿qué sabes?

BEATRIZ:

La llevó.

MARCELO:

Dijéralo de una vez

[este hecho de hombre soez]

porque a tragos he bebido

la purga que me has traído

para mi enferma vejez.

Si Dios quiere que me ofenda

mi enemigo declarado,

que soy otro Job entienda.

Vida y honra me ha llevado;

vuelva también por la hacienda.

Cigüeña soy, blanda y pía;

él es culebra, es harpía

que quebrantándome el nido,

dos hijuelos me ha traído

de los tres que en él tenía.

Hija, ¿qué enemigos vientos

hacen que tu honra se doble

a tan infames intentos?

¿Posible es que en sangre noble

quepan bajos pensamientos?

Pero el vil y el mal honrado

caen en un mismo pecado;

que la humana afrenta es ancha

y están a una misma mancha

sustos jerga y brocado.

LEONOR:

No mojes tus canas tanto;

que son perlas orientales

tus lágrimas.

MARCELO:

Yo me espanto
que no las llames corales,
viendo que es sangre mi llanto.
¡Ay de mí! ¿Qué bien espero?

LEONOR:
¿Qué sientes?

MARCELO:
Siento un desmayo.

LEONOR:
Tenerte en mi brazos quiero.

MARCELO:
Así veré el verde mayo
junto al nevado febrero.

Desmáyase MARCELO en sus brazos y sale
don DIEGO de Meneses

DIEGO:
(Amor, que mi pecho sabes, Aparte
paz pretendo, ponte en medio,
modera mis penas graves,
pues vengo a buscar remedio
por caminos tan süaves.
A pedir vengo a Lisarda
antes que en sus llamas arda;
mas traigo, aunque Amor me anima,
tantos agravios encima
que mi sangre me acobarda).
Señor, si en tu noble pecho
viven mis graves ofensas,
si tú no estás satisfecho
y remitirlas no piensas,
aquí está quien las ha hecho.
Intenta tus desagravios,
dame muerte, aunque es prudencia
de pechos nobles y sabios
tener petos de paciencia
hechos a prueba de agravios.
Mi mal confieso y me pesa
si he ofendido tu persona;
pero si el agravio cesa,
imita a Dios que perdona

a quien sus culpas confiesa.
De nuestro enojo pasado
puede la paz resultar
como el cielo lo ha mostrado
que a veces suele sacar
un gran bien de un gran pecado.
A Lisarda tuve amor,
que no he sido su enemigo.
Dale licencia, señor,
que se desposee conmigo
pues merecí su favor.
Y a mi gusto satisfaces
y a quien eres si esto haces;
hazlo, así goces tu edad
un siglo, una eternidad,
con el bien de nuestras paces.

MARCELO:

Dame una espada o montante,
vengaré esta grave injuria;
que es mi vejez elefante,
y ha cobrado nueva furia
viendo este tigre delante.

DIEGO:

No la traigo, que no importa
si a tus pies está inclinada
la mía. El enojo acorta,
porque es cobarde la espada
que el cuello rendido corta.

LEONOR:

Señor, Lisarda ha de ser
forzosamente mujer
de don Diego, pues la tiene
en su casa. Te conviene
fingir muestras de placer.
¿No vale más que se diga
que por mujer se la has dado,
porque la paz se prosiga,
y no que te la ha llevado
y la tiene por su amiga?
Dile, pues, que en hora buena
y allá se habrán.

MARCELO:

Ya mi pena
con tus consejos se tarda.
Don Diego, tuya es Lisarda.
Alegres bodas ordena.
Mas es con tal condición
que en mi casa no ha de entrar,
pena de mi maldición.
Allá se puede casar
y siga su inclinación.

DIEGO:

Los pies a besar me da.
Todo a tu gusto será,
pues que de límite pasa
tus mercedes. En mi casa
el casamiento se hará.
A prevenir fiestas voy
pues con Lisarda me alegro;
Amor, mil gracias te doy
[por] mi amigo, que es mi suegro
Marcelo. Ya loco estoy.

Vase don DIEGO

MARCELO:

Hija, no es razón que vea
casarse contra mi gusto
la que ofenderme desea,
y así me parece justo
que nos vamos a la aldea.
Estando allá, no veré
esta boda desdichada,
ni su suceso sabré.

LEONOR:

Lo que mandares me agrada.

MARCELO:

Tienes amor, tienes fe.

Vase MARCELO. Queda LEONOR. Salen don SANCHO y FABIO, su
criado de camino con un retrato

SANCHO:

Fabio, el hombre que se casa
sin ver antes su mujer,

está sujeto a tener
poca paz y amor en casa.
En estas cosas es justo
que haya alguna inclinación,
o que se haga elección
pidiendo consejo al gusto.
Yo, pues, que casarme trato,
sin ser conocido quiero
ver a Lisarda, primero,
sin dar crédito al retrato.

FABIO:
¿Con qué ocasión llegarás?

SANCHO:
Darámela mi deseo
si es Lisarda la que veo.
FABIO: Si es ella, casado estás;
Páreceme que te abrasa.

SANCHO:
Estando vivo Marcelo,
mal hago en llegar al cielo
a preguntar si está en casa.
Hablarle ya no deseo.
aunque bien su intención supe,
porque la lengua se ocupe
en alabar lo que veo.
No vio el sol mujer ni estrella
tan hermosa y tan gallarda.
Mira Fabio, si es Lisarda,
que sospecho que no es ella.

FABIO:
Nada al retrato parece.

SANCHO:
Son sus ojos soberanos.

FABIO:
¿Hay más que trocar sus manos?

SANCHO:
Ningún hombre la merece.

LEONOR:

No es digno lo que miráis,
señor, de ser alabado,
y mi poder está ocupado.
Decidme lo que mandáis.

SANCHO:

Mando al gusto que no venga
a veros en daño mío.
Mando a mi libre albedrío
que mi inclinación detenga.
Mando el cuerpo a la ventura
que tuve en estar mirando
ese sol, y el alma mando
al cielo de esa hermosura.
Y dejo del pensamiento
a la memoria heredera.

LEONOR:

Sólo falta que se muera,
pues se ha hecho el testamento.

SANCHO:

No falta; que la herida
fue repentina, y es fuerte,
y el que en veros ve su muerte,
ése sólo tiene vida.
Quien su seso mucho o poco
pierde, viendo esa hermosura,
tiene razón y cordura;
y quien no le pierde es loco.

LEONOR:

¿Y qué favor lisonjero
no me dará un hombre que es
cortesano y portugués?
¿De dónde sois, caballero?

SANCHO:

Como a Coímbra viniese
de Lisboa la real,
don Sancho de Portugal
mandó que a Marcelo viese,
porque cierta ocupación
le detiene.

LEONOR:

(Yo sospecho Aparte
que éste es don Sancho).

SANCHO: En el pecho
no me cabe el corazón.
Lisarda no puede ser
tan hermosa dama). Fabio,
un consejo, como sabio.

FABIO:
Pide aquésta por mujer,
aunque es hermana segunda.
No repares en el dote.

FABIO:
Mal podré, sin que se note.

FABIO:
Torres de esperanza funda;
no desmayes.

SANCHO:
Si es Lisarda
tan hermosa como vos,
a don Sancho ha dado Dios
ventura.

LEONOR:
(En vano la aguarda). Aparte
Vos sois, señor, el primero
que hermosa me ha llamado.

SANCHO:
Todos lo habrán confesado
con silencio. Fabio, muero.
Naturaleza inclinada
tanto en vos, quiso cifrar
que sois más para adorar
que para ser alabada.
Y así los ojos que os ven
dejan a la lengua muda.

LEONOR:
¿Qué soy hermosa?

SANCHO:

Esa duda
discreta os hace también.
Que pudiéradés, se crea,
según sois bella y discreta,
ser necia, y sois tan perfeta
que pudiéradés ser fea.

Sale BEATRIZ con el sombrero

BEATRIZ:
Tomas, señora, el sombrero
y capotillo, que espera
mi señor.

SANCHO:
¿Quieres que muera,
flechando el arco de acero,
Amor?

LEONOR:
Vamos a una aldea.
Mi padre os verá después,
derretido portugués.

SANCHO:
Dadme licencia que os vea.

LEONOR:
Ni la doy ni la consiento.

Vanse LEONOR y BEATRIZ

SANCHO:
Pues, yo me la tomaré,
si basta que me la dé
mi atrevido pensamiento.
¡Ay, Fabio, que ésta es Leonor,
la que ha de ser religiosa!

FABIO:
De que la llames hermosa
y le hayas mostrado amor,
no le pesa. No hayas miedo
que en su vida monja sea.

SANCHO:

Verla tengo en el aldea.

FABIO:

¿Cómo?

SANCHO:

Disfrazarme puedo,
porque mi amor no Consiente
que en otra el alma divierta.

FABIO:

Vete, pues, por esta puerta;
que viene acá mucha gente.

Vanse, y salen DOMINGO, don DIEGO, y FLORINO

DIEGO:

¿Quién serán los que salieron?

FLORINO:

¿Quién? El pretensor sería
de Lisarda.

DIEGO:

Bueno iría.

Si ellos salen, ya no vieron.
¡Hola! Avisad como vengo
con mis parientes y amigos,
de mi mucho amor testigos,
por mi Lisarda, y que tengo
a la puerta el coche. Avisa
a Lisarda y a Marcelo.

Vase DOMINGO

No vi más alegre el cielo,
lloviendo está gozo y risa.
Dándome está el parabién
de esta paz, de esta amistad,
con luz y serenidad
y sus esferas también.

Salen DOMINGO y un ESCUDERO

DOMINGO:

Señor, no tenemos nada.

La boda del perro ha sido
esta boda.

DIEGO:
¿Cómo?

DOMINGO:
Es ido
Marcelo.

DIEGO:
La sangre helada
tengo ya.

ESCUDERO:
Toda su casa
a la aldea se llevó,
y hecho alcalde me dejó
de estas suyas.

DIEGO:
¡Qué esto pasa!
¿Y Lisarda?

ESCUDERO:
Claro está
que con él la llevaría.
No la vi, pero allá iría
con Leonor.

DIEGO:
¡Muerto soy ya!
¡Qué inconstante es la vejez!
A Lisarda me ha de dar
o tengo de ejecutar
lo que he intentado otra vez.
¿Qué bien sintió quien decía
que el hombre con la vejez
vuelve a la tierna niñez!
¿Quién en viejo y niño fía?
Por guardarle yo respeto,
no la tengo en mi poder;
pero será mi mujer.
Robaréla, te prometo.
No respetaré sus años.

FLORINO:

Fuerte es su castillo.

DIEGO:

Amor
ha sido siempre inventor
de máquinas y de engaños.

Vanse todos

ACTO SEGUNDO

Salen don GIL y LISARDA, en hábito de salteadores, con arcabuces

GIL:

Ya vendrás arrepentida;
ya te quisieras tornar.

LISARDA:

Un delfín cortando el mar,
una cometa encendida,
un caballo en la carrera,
en alta mar un navío,
el veloz curso de un río,
rayo que cae de su esfera,
una flecha disparada
del arco, podrán volver
atrás, mas no la mujer
una vez determinada.
Delfín, caballo, cometa,
río flecha, rayo, nave,
es la mujer que no sabe
ser obediente y sujeta.
Vergüenza y honra preciosa,
interés, miedo y poder
no la podrán detener
si está agraviada y celosa.
Pues yo que en cólera rabio
sin vergüenza, honra ni miedo,
¿cómo arrepentirme puedo
antes de vengar mi agravio?
Antes me trae confianza;

que, pues fuiste el instrumento
de las injurias que siento,
lo has de ser de mi venganza.
Ésta es del monte la falda
a quien llaman Las Cabezas;
de encinas verdes y secas
sustenta un bosque en su espalda.
Aquí en un valle cercano
que a los ánimos recrea
tiene mi padre una aldea
donde se viene el verano.
De la otra parte don Diego
un pequeño bosque tiene,
donde muchas veces viene
a cazar y holgarse.

GIL:

¿Luego
aquí pretendes vengarte?

LISARDA:

Sí, porque en esta espesura
con vida libre y segura
yo me atrevo a contentarte.
Una tigre seré brava
contra el cauto cazador,
pues me han robado el honor
que era el hijo que criaba.
Haré del miedo moneda
y compraré a los pastores
cabritillos trepadores,
fresca lecho y fruta aceda.
El seguro pasajero,
viendo mi arcabuz al hombro,
con sobresalto y asombro
dará el guardado dinero.
Fuertes murallas haremos
de esta sierra, que si subes
verás que toca en las nubes
con sus ásperos extremos.
Cuando su nieve desata
julio, por ásperas quiebras
bajan al valle culebras,
hechas delicada plata.
Con el calor del estío
sudan tanto estas montañas

que en el valle entre espadañas
forman un pequeño río.
Dos fuentes hay donde cría
velos mayo, y leche enero,
y donde el ciervo ligero
vide correr algún día.
Una cueva hay de pizarras
y de diferentes piedras
que está aforrada de hiedras
y guarnecida de parras.
Todo a pasos lo he medido
porque he sido cazadora
y la gama coladora
en vano de mí ha huido.
Aquí pretendo que pases
el pecho de piedra fría,
que grande amor me fingía
para que tú me gozases.
Aquí, cuando al bosque venga,
su homicida pienso ser,
sin que el miedo de mujer
lugar en mi pecho tenga.
Aquí le he de dar la muerte,
pues que ha sido el instrumento
de las injurias que siento.

GIL:

¡Fuerte mujer!

LISARDA:

Y tan fuerte
que el mundo me ha de llamar
Semíramis la crüel,
y en cuantos pasen por él
quiero enseñarme a matar.

GIL:

Yo seguiré tus cuidados,
pues soy ciego con mi error,
hidrópico pecador,
y tengo sed de pecados.
Manda que emprenda adulterios,
que latrocinios intente,
que jure, mate y afrente,
que escale los monasterios,
y mira si peco aprisa

por ti en aqueste lugar;
que ayer me vi en el altar
celebrando eterna misa,
ayer, en llanto deshecho,
tuve a Dios entre mis manos,
y hoy, con actos inhumanos,
tengo un infierno en el pecho.

LISARDA:
¡Gente pasa!

Pónense las mascarillas

GIL:
El rostro cubre
y escóndete en estos riscos
coronados de lentiscos
verdes a pesar de octubre.

LISARDA:
Morirán.

GIL:
Si no son tantos
que algún recato nos dan.
¡Mujeres son!

LISARDA:
No podrán
enternecerme sus llantos.

Salen MARCELO, LEONOR de camino, y BEATRIZ
con un cofrecito

MARCELO:
Vaya el coche por lo llano,
y tú, Leonor, esta cuesta
descenderás de la mano
segura.

LISARDA:
(Mi hermana es ésta). Aparte

GIL:
(Es un ángel soberano). Aparte

LEONOR:

Fácil es la descendida;
sólo tu cansancio siento.

LISARDA:

Hoy verá el mundo en mi vida
el extraño atrevimiento
de un alma que va perdida.
Mi sangre quiero verter.
¡Mueran pues! ¡Mueran los dos!
Porque tales suelen ser
las obras de una mujer
que está sin honra y sin Dios.
Mi hermana a heredarme viene;
la envidia me da inquietud
y matarla me conviene,
que me ofende la virtud
y aborrezco a quien la tiene.
Si el ser Marcelo me dio,
con su maldición prolija
a esta vida me obligó,
y el que aborrece a su hija
sin duda no la engendró.
No es mi padre, es mi contrario
y así a la muerte se viene.

GIL:

Ese intento temerario
me agrada por lo que tiene
de pecado extraordinario.
Hecho será que me asombre;
que a la mujer nadie iguala
en celo y piadoso nombre,
pero cuando da en ser mala
es peor que el más mal hombre.

Apúntales LISARDA, y pónese de rodillas
MARCELO

MARCELO:

¡Deteneos! ¡Esperad!
Para mí no es bien que os pida
misericordia y piedad,
pues me quitáis poca vida
no perdonando a mi edad.
No es para mí caso fuerte

el verme así amenazado,
pues mataréis de esa suerte
a un viejo que está llamado
a las puertas de la muerte.
Si yo en vuestras manos doy
la vida, me habréis sacado
de desdichas, porque soy
el hombre más desdichado
que Portugal tiene hoy.
Sólo la piedad pretendo
para esta hija, que es joya
con quien escapo huyendo
de mi casa, que es la Troya
que está en desdichas ardiendo.
Por ella piedad espero,
pues que el soberbio elefante
ablanda su pecho fiero
cuando le ponen delante
un inocente cordero.
Hijas el cielo me dio;
ángeles han parecido
porque la mayor cayó.
Ya es demonio, y ésta ha sido
el buen ángel que quedó.
De virtudes está llena,
ninguna mujer la iguala;
y pues mi desdicha ordena
que tenga vida la mala,
no me matéis vos la buena,

LISARDA:

(Más la envidia me inhumana). Aparte

GIL:

(No dé lumbre el pedernal). Aparte

Sosiegate, hermosa dama.

(¿Qué dije? No es racional Aparte

el hombre que no se allana.

Aunque otras veces te vi,

quise el alma como cuerdo,

y la guardaba de mí;

mas ya que sin mí la pierdo

perderla quiero por ti).

LEONOR:

Si una vida queréis ya,

yo pagaré ese tributo;
que menos daño será
cortar el temprano fruto
que no el árbol que le da.
Crüel sois; la causa ignoro.
Si es vuestra furia de toro,
sirva mi vida de capa.
Rompedla mientras se escapa
el dueño y padre que adoro.
Nunca os ofendí, señor.
Viva mi padre y yo muera.
Si es de lobo este rigor,
despedazad la cordera
y dejad vivo al pastor.
Aunque en ambos puso Dios
tan grande amor que ninguno
le ha igualado, y así vos,
sólo con matar al uno
quitáis la vida a los dos.

GIL:

A aquellos ojos se deben
mil victorias y trofeos.
Cielos son que perlas llueven,
y mis sedientos deseos
dentro del alma los beben.
(Por ti, divina Leonor, Aparte
haré otro grave delito;
que el pasado fue un error
y éste es un ciego furor
nacido de un apetito.
A Marcelo he de matar;
mas lo que el alma desea
podrá Lisarda estorbar.
Váyanse pues al aldea;
que allá la pienso gozar).

BEATRIZ:

Señor, por el cielo os pido
que ir nos dejéis con sosiego.

LISARDA:

(Y si tú no hubieras sido Aparte
alcahueta de don Diego,
yo no me hubiera perdido).
Dime, don Gil, ¿qué haremos?

GIL:

Que nuestra necesidad
con sus joyas remedemos,
y la amada libertad,
por ser tu sangre, les demos.

LISARDA:

Rescatad las vidas.

MARCELO:

¿Cómo?

LISARDA:

Dándonos oro.

MARCELO:

Señor,
en esta caja de plomo
hay joyas de gran valor.

Dale el cofrecillo

LISARDA:

(Si son mías, nada os tomo). Aparte

MARCELO:

Estas joyas he guardado
a una hija que tenía.

LISARDA:

¿Y adónde está?

MARCELO:

Se ha casado
contra mi gusto este día
para mí tan desdichado.
Huyendo a mí me persigo
por no ver el casamiento
tan infelice que os digo,
que es envidioso tormento
la gloria de un enemigo.
Eslo mío el desposado,
y pues ella se ha casado
contra el mandato de Dios,
gozad de sus joyas vos

que así me habéis consolado.

LISARDA:

¿Consolado? ¿En qué?

MARCELO:

En pensar
que se ha podido llamar
más desdichado que yo
vuestro padre, que engendró
hijos para saltar.

LISARDA:

(Quitarte el consuelo puedo Aparte
si la máscara me quito).
La libertad os concedo,
y adiós.

BEATRIZ:

Él sea bendito;
que ya respiro sin miedo.

GIL:

Espera, que me has de dar
la mano.

Tómale a LEONOR la mano

LEONOR:

Mi vida es breve
si me la quiere cortar.

GIL:

Sangre, leche, grana y nieve
el cielo quiso mezclar
en estas manos.

LEONOR:

¡Ay cielos!
Temblando estoy.

GIL:

(Yo, encendido, Aparte
tocando estos dulces hielos.
¡Qué ignorante que he vivido
de amor, de favor, de celos!

Pero ya empiezo a saber
que es peregrina criatura
para el gusto la mujer.
Con razón por su hermosura
reinos se saben perder).

LISARDA:
¡Vuelve!

MARCELO:
Si que vuelva el llanto.

LEONOR:
¡Don Gil, amigo de Dios,
quitadnos peligro tanto!

GIL:
Por cierto, dama, que vos
os ofrecéis a un buen santo.

MARCELO:
¿Qué quieres?

Pónese de rodillas LISARDA

LISARDA:
Que me perdones
tus injurias, que me digas
blandas y dulces razones
y cual padre me bendigas.

BEATRIZ:
¡Oh, qué benditos ladrones!

MARCELO:
Ya que con sano consejo
pides bendición a un viejo,
Dios de esta vida te saque,
Él te perdone y se aplaque
que perdonado te dejo.

Bendícela y vanse

GIL:
No es bendición, sino error,
la que pediste y te ha dado;

porque para el pecador,
mientras gusta del pecado,
no hay otra vida mejor,
¿o vives arrepentida?

LISARDA:

Lejos estoy de ese estado;
mas, bien es que el perdón pida
para tenerlo alcanzado
cuando mudare la vida.

GIL:

En el poder de don Diego
te juzgan.

LISARDA:

Muerto lo llama.

GIL:

¿Cómo?

LISARDA:

Hoy pienso poner fuego
a su bosque y a la fama
vendrá, y mataréle luego.

GIL:

Con mucho rigor salteas
si a tus padres no perdonas.

LISARDA: Imito, como deseas,
a las fieras Amazonas
pero no al troyano Eneas.

Abre el cofre, ven las joyas

GIL:

¿Qué joyas son?

LISARDA:

No pequeñas.

GIL:

¿Y éste?

LISARDA:

Retrato ha de ser

de mi hermana.

Tome el retrato

GIL:

El sol me enseñas.

LISARDA:

La caja quiero esconder
entre estas ásperas peñas.

Vase LISARDA con el cofre

GIL:

Amor, el alma abrasada
con vida esperanza viva;
que podrás dársela viva,
pues hoy se la das pintada.
El alma tuya se nombra
con amorosos desmayos;
mas, ¿qué efecto harán tus rayos
si así me ciega tu sombra?
Leonor, mi pecho se abrasa,
tu gloria he de pretender;
que la peste pienso ser
de las honras de tu casa.
Gozar pienso el bien que veo,
pues lo llegué a desear;
que no me han de condenar
más las obras que el deseo.
Si la intención y el afe[c]to
condenan al pecador,
por gozar de ti, Leonor,
daré el alma.

Sale el demonio, vestido de galán,
y llámase ANGELIO

ANGELIO:

¡Yo la ace[p]to!

GIL:

(Después que a este hombre he mirado Aparte
siento perdidos los bríos,
los huesos y labios fríos,
barba y cabello erizado.

Temor extraño he sentido.
Alma, ¿quién hay que te asombre?
¿Cómo temes tanto a un hombre
si al mismo Dios no has temido?)

ANGELIO:
No temas, don Gil. Espera.

GIL:
Di, ¿quién eres?

ANGELIO:
Soy tu amigo,
aunque he sido tu enemigo
hasta ayer.

GIL:
¿De qué manera?

ANGELIO:
Porque imitándome vas;
que en gracia de Dios me vi
y en un instante caí
sin que pudiese jamás
arrepentirme.

GIL:
¿Y te llamas?

ANGELIO:
Angelio, y vivo espantado
de lo poco que has gozado
gusto de juegos y damas.
Si predestinado estás,
la gloria tienes segura;
si no lo estás, ¿no es locura
vivir sin gusto jamás?
Si aprender nigromancia
quieres, enseñarla puedo;
que en la cueva de Toledo
le aprendí, y en ésta mía
la enseñé a algunos. ¡Qué ciencia
para vicio infinitos,
corriendo los apetitos
sin freno de la conciencia!
Si a los infiernos conjuras,

sabrás futuros sucesos,
entre sepulcros y huesos,
noche y sombras oscuras.
En todos cuatro elementos
verás extrañas señales,
en las plantas, animales
y celestes movimientos.
Tu gusto será infinito,
son vida libre y resuelta
seguirás a rienda suelta
los pasos de tu apetito.
Y, pues que tienes amor
a Leonor, aunque es incesto,
haré que la goces presto.

GIL:

¿Que adoro a doña Leonor
has sabido?

ANGELIO:

Y no imagines
que en lo que toca a saber
me pueden a mí exceder
los más altos querubines.

GIL:

Tengo a tu ciencia afición.
Yo aprenderé tus lecciones.

ANGELIO: Guardando las condiciones
con que las deprendí.

GIL:

¿Y son

ANGELIO:

Que del mismo Dios reniegues,
y haciendo escrituras firmes
de ser mi esclavo, las firmes
con sangre, y la crisma niegues.

GIL:

Alma, si hay alma en mi pecho,
hoy tu salvación se impide.
Poco pide, pues me pide
lo que casi tengo hecho.
Dejando la buena vida,

perdí el alma. Pues, ¿qué espero,
si por hallar lo que quiero
doy una cosa perdida?
Si son tres las ocasiones
con que ofendí a Dios eterno,
ya tengo para el infierno
bajados tres escalones.
Otro, con algún disgusto,
se da muerte o desconfía,
y así viene a ser la mía
desesperación de gusto.
Digo que haré lo que ordenas;
pero has de darme a Leonor.

ANGELIO:
¡Ah, discípulos!

Salen dos, en hábitos de ESCLAVOS

ESCLAVO 1:
¿Señor?

ANGELIO:
Sangrad a don Gil las venas,
porque a ser mi esclavo empieza.

GIL:
Yo a ser discípulo voy.

ANGELIO:
No te pese, porque soy
de mejor naturaleza.

Meten a don GIL los ESCLAVOS, queda ANGELIO,
sale LISARDA

LISARDA:
Junto a una fuente que espejo
de cristales y diamantes
es del sol, dos caminantes
robados y muertos dejo.
Relámpago fue, y ensayo
de mi colérico fuego;
pero el matar a don Diego
será la verdad y el rayo.
Probar quise mi valor;

mas, ¿cómo no he de ser fuerte
en la ajena, si a mi muerte
tengo perdido el temor?
Cazadora de hombres soy,
fieras de otro nombre indinas.
Yo colgaré en las encinas
humanos despojos hoy.
Serán silvestres picotas,
tanto que a decirnos muevan
que ya las encinas llevas
cabezas y no bellotas.

Ve la visión del demonio que asoma, y dice

¡Jesús! ¿De qué ha procedido
tan prodigioso temor?
¿Adónde están el valor
y arrogancia que he tenido?
Sólo a un hombre tanto temo;
que ni es monstruo ni gigante.
Pasar no puedo adelante,
espantada con extremo.
La muerte le quiero dar.

Apúntale la escopeta

ANGELIO:
No tienes que prevenir
que si no puedo morir,
¿cómo me podrás matar?

LISARDA:
¿Viste un hombre?

ANGELIO:
A un hombre vi
que no ha de ser hombre más.

LISARDA:
¿Qué ha de ser?

ANGELIO:
Tú lo verás.

Salen los ESCLAVOS y sacan a don GIL, hecho esclavo
con "ese" y clavo

¿Firmó la escritura?

ESCLAVO 1:

Sí.

LISARDA:

¿Quién habrá que a don Gil vea
que no se admire? ¿Qué es esto?

GIL:

Yo a servirte estoy dispuesto.

ANGELIO: Esta cédula se lea.

Lee el papel

GIL:

Si aprendo la sutil nigromancia
que el católico llama barbarismo,
y excediendo las fuerzas de mí mismo,
gozare de Leonor un breve día,
digo yo, don Gil Núñez de Atoguía,
sin temor de las penas del abismo,
que reniego del cielo y del bautismo,
perdiendo a Dios la fe y la cortesía.
Su nombre borro ya de mi memoria,
tu esclavo para siempre quedo hecho,
por gozar de esta vida transitoria,
y renuncio el legítimo derecho
que la iglesia me da para la gloria
por la puerta que Dios abrió en su pecho.
Así lo otorgo.

ANGELIO:

Pues, ea,
maten hombres esas manos
porque entre cuerpos humanos
la primer lección se vea.
Esta cueva es el asilo
y allí en sus negros altares
llorarás los que matares
como suele el cocodrilo.

Vanse. Quedan don GIL y LISARDA

LISARDA:
¿Qué traje es éste?

GIL:
De esclavo,
que he dado mi libertad
por una curiosidad
que te encarezco y alabo.
Aprendo nigromancia
que en esta cueva me enseña.

LISARDA:
No es curiosidad pequeña.
Yo también daré la mía.
Contigo la aprenderé.

GIL:
Guardan ciertas condiciones.

LISARDA:
Si Mongibelos me pones,
por sus llamas pasaré.

GIL:
De Dios has de renegar.

LISARDA:
Harélo una vez y dos.

GIL:
de la madre de Dios.

LISARDA:
Eso no podré otorgar.

GIL:
ues, ¿no es más Dios?

LISARDA:
Sí, más es;
mas si a los dos niego agora,
¿quién será mi intercesora
si me arrepiento después?

GIL:
Apréndela, tú, sin miedo

del que la vida te dio;
que no soy demonio yo;
que arrepentirme no puedo.
(Y en tu loca juventud Aparte
la suerte quisiera darte;
pero es virtud el matarte
y aborrezco la virtud).

LISARDA;
Pecadora y ciega soy
y espero hacer penitencia
aunque mi enferma conciencia
dice que mejor es hoy.

GIL:
Espérate para luego
volverte a inflamar en ira.
(Con la verdad y mentira Aparte
que la dije de don Diego
quiero ocasiones buscar
en que usar del vicio nuestro;
pues he hallado maestro
para enseñarme a pecar).

Vanse, y salen don SANCHO y FABIO de labradores

FABIO:
¿Podráte conocer?

SANCHO:
Es imposible;
que no me vio Marcelo en muchos años.

FABIO:
¿Y si te extrañan los de aquesta aldea?

SANCHO:
No importa. Pensarán que en las entrañas
moramos.

FABIO:
¿Qué pretendes?

SANCHO:
El alma noble
de esta Leonor que ya robó la mía.

FABIO:

Lisarda no ha venido con su padre.

SANCHO:

Ya yo lo supe. No sé qué es la causa.
¿Si es muerta, si es casada?

FABIO:

Todo es uno;
mas todos están tristes y sospecho
que es muerta. Hoy lo sabré.

Salen don DIEGO y DOMINGO de labradores

DIEGO:

Calla, Domingo.
No me aconsejes; que me abrasa el alma
el amor de Lisarda.

DOMINGO:

¿Y qué es tu intento?

DIEGO:

Robarla.

DOMINGO:

Ya pudiste, y como necio
dormido me dejaste y te acogiste.
No sé si miedo fue.

DIEGO:

Fue celo bueno.
Procura el amistad de los villanos;
que introducido yo una vez entre ellos
y el rostro recatado de Marcelo,
ocasión buscaré para mi intento.

DOMINGO:

Manténgaos el Señor.

FABIO:

Sí, que es buen amo
y a todos nos mantiene.

DOMINGO:

¿Habéis ya visto
el señor del lugar?

FABIO:
Vístole habemos.

DOMINGO:
¿Y a las señoras?

FABIO:
Sólo trajo una
que es Leonor.

DOMINGO:
¿Y Lisarda?

FABIO:
Creo que es muerta.

DOMINGO:
Pues, mal te haga Dios, así lo dices.
¿Oyes esto, señor?

DIEGO:
Oigolo, y creo
que así debe de ser porque Marcelo
la habrá muerto por no verla casada
connigo. ¡Viejo cruel! ¡Triste don Diego!

DOMINGO:
Ninguno de esta casa me conoce.
Informarme podré. Escóndete presto;
que salen a este prado.

SANCHO:
Ésta es la gloria
que pienso conservar en mi memoria.

Salen MARCELO, LEONOR, y BEATRIZ. MARCELO, un gabán
puesto, y un MÚSICO

MARCELO:
Mucho agradezco el deseo
que muestras tú de alegrarme.
Cantad mientras de este campo
gozo de los frescos aires.

MÚSICO:

"Escucha, Lisarda, ausente
de aquestos amenos valles,
más que Anajarte crüel,
y más ingrata que Dafne.
Al pastor que te adoraba
trocaron tus libertades,
y a Gerarda llama dueño
que en perfección es un ángel."

DOMINGO:

Señor Marcelo, pescudo,
¿cómo a este prado no sale
nuesa señora Lisarda?

MARCELO:

No la nombres. No me mates.
Lágrimas vierten mis ojos
si de ella me acuerdo.

DIEGO:

(Sangre Aparte
fuera mejor. Ello es cierto.
Mi mal y desdicha es grande).

MÚSICO:

"Con justa razón te olvida,
pues no supiste estimarle
y ha mejorado de gusto
siendo de Gerarda amantes."

SANCHO:

Dame licencia, señora,
que mientras cantan te hable.

LEONOR:

Ya te conozco, don Sancho.

SANCHO:

Amor atrevidos hace.

MÚSICO:

"Con menosprecio y olvido
es justa razón que paguen
a quien no estima las obras

ni agradece voluntades."

DIEGO:

Pregunta claro si es muerta.

DOMINGO:

Mis pescudas no te cansen.

¿Murió Lisarda?

MARCELO:

Ya es muerta

en esta casa.

DOMINGO:

¿Escuchaste?

Que en esta casa murió
me ha dicho.

DIEGO:

(¡Ay, hermosa mártir, Aparte
vida inocente, alma noble,
viejo tirano, mal padre!)
Matarle quiero y vengarla.

DOMINGO:

Más sano será que calles.

DIEGO:

Loco estoy.

DOMINGO:

Mira que estamos
entre villanos cobardes
y son muchos.

DIEGO:

Ella ha muerto.

Domingo, mi mal es grande.

DOMINGO:

Soy Domingo, y tus desgracias
me van convirtiendo en martes.

Vanse don DIEGO y DOMINGO

MÚSICO:

"En el jardín del amor,
entre verdes arrayanes,
duerme Gerarda al rüido
de fugitivos cristales."

SANCHO:

No te ofendo si te adoro.
Mira, Leonor, que no es fácil
vencer una inclinación.

LEONOR:

Podráse ofender mi padre;
podráse ofender mi honor.
Mira, don Sancho, qué haces;
que puedo ser murmurada
si estás aquí en este traje.

Sale CONSTANCIO, labrador

CONSTANCIO:

Señor, si de tus vasallos
sientes las desdichas grandes,
siente y remedia la mía;
que la tendrás por notable.
A las fuentes de esa sierra
subí yo con dos zagales
y mi hija cuya boda
fuera mañana en la tarde.
¡Nunca a la fuentes subiera!
Que otras en mis ojos naces
que correrán mientras dure
mi vida caduca y fácil.
Salieron cuatro ladrones,
crüeles como cobardes,
que entre esos montes soberbios
no vistos insultos hacen
y a Lísida me robaron.
Mira si es razón que bañen
con lágrimas estas canas
ojos que ven cosas tales.
Un esclavo es capitán
de aquella cuadrilla infame,
y aficionóse de verla.
¡Cegaran sus ojos antes!
Viéndose presa y forzada,
daba gritos, aunque en balde,

cual cabritillo que bala
por las ubres de su madre.

MARCELO:

Mi mal renueva esa historia.
Sucesos son semejantes.

LEONOR:

Mis joyas robaron éstos.

SANCHO:

¡Qué eso me encubras y calles!
¿A ti, que las almas robas,
se atrevieron? A buscarles
tengo de ir en tu servicio.
Con su muerte he de obligarte.
Labrador, si en esta aldea
alguna gente juntases,
yo buscaré los ladrones.
No hayas miedo que se escapen.

LEONOR:

Habrá muchos que te sigan.

CONSTANCIO:

Yo también pienso ayudarte.

SANCHO:

Con tu licencia, señora,
ir pienso.

LEONOR:

Merced me haces.
¿Quién es este labrador
forastero y de buen talle?

FABIO:

De aquesta cercana aldea,
hombre de bien y tu amante.

Vanse los labradores

LEONOR

Basta ya, prosigue tú
en cantar aquel romance
que gusto me dio.

BEATRIZ:
Otro tono
podrá decir que te agrade.

Cante el músico algo, y salen don Sancho,
PRÍNCIPE de Portugal, y don RODRIGO, criado suyo,
de camino

PRÍNCIPE:
Esta voz he de escuchar
mientras hierran los caballos.

RODRIGO:
El señor de estos vasallos
es éste.

LEONOR:
Torna a cantar.

PRÍNCIPE:
¡Ah, don Rodrigo!

RODRIGO:
¿Señor?

PRÍNCIPE:
¡Gran mal hay!

RODRIGO:
Dame tristeza
que eso digo vuestra alteza.
¿Qué mal siente?

PRÍNCIPE:
Mal de amor.
¿Has visto rostro más grave,
color más viva y perfeta,
más señales de discreta,
habla más viva y süave?
Muerto soy, y no me espanto.
Sin causa serpiente he sido
pues que no cerré el oído
a las voces de su encanto.

BEATRIZ:

Dos forasteros atentos
a la música han estado.

LEONOR:
Y uno de ellos me ha robado
más de cuatro pensamientos).

MARCELO:
A Coímbra pasarán.

LEONOR:
(¡Buen talle!) ¿Cómo parece, Aparte
caballero?

PRÍNCIPE:
Él lo merece.

LEONOR:
Los soldados aquí están.

Tocan una caja, salen todos los villanos que pueden,
don SANCHO de capitán y villano, FABIO de alférez,
y los demás

SANCHO:
Marchen en concierto.

RODRIGO:
Tío,
¿quién es padre de esta dama?

SANCHO:
Éste, y Marcelo se llama
de Noroña.

PRÍNCIPE:
Deudo es mío.

RODRIGO:
Y decidme, ¿adónde van
armados estos garzones?

CONSTANCIO:
A prender unos ladrones.

PRÍNCIPE:

No es mal hecho el capitán.

SANCHO:

Acá les traigo el alarde.
Sus bendiciones le den.

LEONOR:

Todo os suceda muy bien,
y el cielo, Sancho, te guarde.

MARCELO:

¿Sancho te llamas?

SANCHO:

Señor,
uno Sancho, otro Pascual.

LEONOR:

Y Sancho de Portugal.

SANCHO:

Mejor dirás "de Leonor."
Del dueño el nombre se toma,
tuyo soy, y lo confiesa
el ánimo, aunque esta empresa
no de César ni de Roma.
No voy con valor profundo,
ni con griegos estandartes,
a conquistar las tres partes,
como Alejandro segundo.
Voy a cobrar los despojos
y tú el ánimo me pones;
pero, ¿quién busca ladrones
si están presentes tus ojos?
(Mas, ¿a quién están matando Aparte
tan divertido y atentos?
¡Ay, celosos pensamientos,
al Príncipe está mirando!
¿No es éste don Sancho, cielos,
Príncipe de Portugal?
Déjeme en paz con mi mal
sin darme muerte de celos.
¿Dónde va si no ha venido
a ver el sol que me admira?
¡Con qué atención que la mira,
y ella en él se ha divertido!

Quiero sufrir y callar).
¡Ah, ingrata, de celos muero!
¿Qué miras?

LEONOR:
Un forastero
convida siempre a mirar.
No es bien que ingrata me llames.
¿Qué favores te he quitado?

SANCHO:
Los que pido y no me has dado.

LEONOR:
Si consiento que me ames,
favores son cortesanos.

CONSTANCIO:
Vamos, capitán, que es tarde.
SANCHO: Bueno, voy haciendo alarde
de celos y de villanos.

Vanse los del escuadrón

PRÍNCIPE:
Merece que la veamos.
Yo he mitigado el cansancio.
Don Rodrigo, di que a espacio
hierren, que todos erramos.

Sale RISELO

RISELO:
Perdóname las nuevas desdichadas
que traigo.

MARCELO:
Ya están hechos mis oídos
a desdichas. ¿Qué son?

RISELO:
Muerta es Lisarda.
Don Diego la mató sin duda alguna.

MARCELO:
¿Cómo lo sabes?

RISELO:

Como en ese campo
él mismo dice a voces, "Sepan todos
que a Lisarda mató quien aborrece
su sangre." Y como loco a todos dice,
"Lisarda es muerta; ya murió Lisarda.
Quien su sangre aborrece le dio muerte."

MARCELO:

Él es el que mi sangre ha aborrecido.
Un hijo me mató y robó una hija.
Y en vez de desposarse me la ha muerto.
Por tálamo le dio la sepultura,
y por darme dolor vino a decirlo.
Paciencia me ha faltado. Iré a la corte
y al rey me quejaré de estos agravios.

PRÍNCIPE:

Yo podré remediar vuestra desgracia.
¿Quién es el ofensor?

MARCELO:

Mi mal es tanto
que aliento no tendré. Díselo, hija;
que referido el mal siempre se alivia.

LEONOR:

¿Quién sois, señor, que remediar desdichas
podéis?

PRÍNCIPE:

Un cortesano que pudiera
dar cuenta al mismo rey.

LEONOR:

(Y que ha podido Aparte
mitigar el dolor que me ha causado
la muerte de mi hermana).

BEATRIZ:

¿Y dónde bueno
vais por aquí?

PRÍNCIPE:

Corriendo voy la posta

para ver a don Gil, un hombre santo,
canónigo en la iglesia de Coímbra,
a pedirle que ruegue a Dios que sane
a mi padre que está en mucho peligro,
y es persona que importa en estos reinos.
Éste es, señora, el fin de esta jornada;
mas, después que os miré, salir no puede
de este lugar con libertad mi alma,
que al mismo Amor matar podéis de amores.

LEONOR:

Muy sin crédito están vuestros favores.

Sale don SANCHO, vestido de labrador

SANCHO:

(Si ha conocido Leonor Aparte
quién es el que la miraba,
mi esperanza y bien se acaba;
que le ha de cobrar amor.
El alma traigo abrasada).

LEONOR:

Capitán, ¿dónde volvéis?

SANCHO:

A pediros que nos deis
insignia en esta jornada;
una banda, cinta o toca
que siendo vuestra, ¡pardiobre!,
que lleve fuerza de robre.
(Poco he dicho, --de una roca). Aparte

PRÍNCIPE:

Si un rústico labrador
te estima tanto, y adora,
¿cómo no ha de amar, señora,
quien conoce tu valor?
(Ninguno me ha conocido). Aparte

SANCHO:

¿No suelen los cortesanos
dar celos a los villanos?

PRÍNCIPE:

Luego, ¿celos has tenido?

SANCHO:
Al paso que tengo amor.

PRÍNCIPE:
¿Amas mucho?

SANCHO:
Amando muero.

PRÍNCIPE:
Pues yo seré tu tercero.
Dadle, señora, un favor.
Vaya a esta empresa contento.

SANCHO:
Haced lo que el señor os manda.

LEONOR:
Echadle al cuello esta banda
si gustáis.

Quítase una banda y dásela
al PRÍNCIPE

SANCHO:
Más es tormento
que merced, la que me ha hecho,
si viene por mano ajena.

PRÍNCIPE:
Labrador, la banda es buena.

SANCHO:
Así me hará buen provecho.

BEATRIZ;
Espero entre aquestos ramos.
¡Que le ha dado ocasión
de tener una cuestión!

LEONOR:
Mal he hecho. No más vamos.

Pónense LEONOR y BEATRIZ aparte

PRÍNCIPE:

Mucho la banda te vale,
pues te doy este diamante
por ella.

SANCHO:

Soy gran amante;
no hay tesoro que la iguale.

PRÍNCIPE:

Deja es necia porfía.

SANCHO:

No ando en esto necio yo.

PRÍNCIPE:

¿No ves que el dártela o no
de mi voluntad pendía;
que si gustaba la diese
dijo el dueño. Y así es justo
que, si de darle no gusto,
me la lleve aunque te pese.

LEONOR:

Valor muestra el forastero.

BEATRIZ:

Reñir tienen. Mal hiciste.

SANCHO:

Tú para mí la quisiste.

PRÍNCIPE:

Pues, [ya] dártela no quiero.
Eres un necio.

SANCHO:

Discreto,
si a necio aquí correspondo,
yo sé por qué no respondo.

LEONOR:

¿Esto es miedo o es respeto?

BEATRIZ:

¿Por qué le ha de respetar?

Es miedo, y no se ha atrevido.
Claro está.

SANCHO:

(Yo soy perdido. Aparte
No me sé determinar.
Si pierdo la banda, pierdo
una prenda de favor.
El príncipe es mi señor,
si le ofendo no soy cuerdo.
Si la dejo, por cobarde
mi dueño me ha de tener,.
¿Si me dejo conocer?
¡No hay quien fe en amores guarda!
No vi confusión igual.
Estando Leonor delante
o dejo de ser amante
o dejo de ser leal.
Así lo remediaré).
Aunque yo la banda espero,
no he de reñir; que no quiero
reyertas con su mercé.
Pero si quieres mirar
si tengo valor y brío,
désela a aqueste judío
que yo la sabré cobrar.

RODRIGO:

Porque este infame grosero
no me tenga por cobarde,
deja, señor, que la guarde.

PRÍNCIPE:

No es razón.

RODRIGO:

A un caballero
se la das.

SANCHO:

Señor, señor,
que bien se la puede dar.

PRÍNCIPE:

No le habéis de maltratar
sino probar su valor.

RODRIGO

Ya la tengo. ¡Vesla aquí!

SANCHO:

Pues yo le prometo a Dios
que son menester los dos
para guardarla de mí.

Ásense los dos

LEONOR:

¡Como estuve inadvertida
en la locura! ¿Qué he hecho?

SANCHO:

Quitaros tengo del pecho
o la banda o vuestra vida.

PRÍNCIPE:

No es villano este valor;
sin duda que es caballero
y aun yo conocerle quiero.

BEATRIZ:

Es valiente; tiene amor.

RODRIGO:

Demonio es este aldeano;
la banda le dejo.

SANCHO:

Así
podéis libraros de mí.

BEATRIZ:

Ya trae la banda en la mano.

SANCHO:

Así cobro lo que es mío.

PRÍNCIPE:

Yo la pienso restaurar,
y conmigo has de mostrar
segunda vez ese brío.

SANCHO:

Tengo reverencia y fe
a tu talle y tu valor,
y así de aqueste favor
humano mártir seré.
Tomad, señor, la mitad,
y en hacer esto os enseñó,
que, como soy, con su dueño
parto yo la voluntad.

BEATRIZ:

¡Don Sancho de Portugal!

LEONOR:

Gran respeto le ha tenido;
sin duda le ha conocido
y es persona principal.

SANCHO:

Da tus favores, ingrata,
con más prudencia otro día.

PRÍNCIPE:

(Él me vence en cortesía Aparte
y ella de amores me mata).

Vanse. Sacan don GIL y los esclavos a don DIEGO y DOMINGO,
atado y medio desnudos

DIEGO:

Bandolero, ladrón, esclavo noble,
cualquiera que tú seas, ¿qué te mueve
a prenderme? ¿No basta que el dinero
me quites? ¿Y la ropa?

DOMINGO:

Ilustre esclavo y capitán valiente
de estos ministros, émulos de Caco,
¿en qué el pobre Domingo te ha ofendido?
Déjame vivo, y más, que vaya en cueros.

GIL:

Atadlos a esos robles.

DIEGO:

(Yo me acuerdo Aparte

de unas palabras de don Gil el santo,
tan fuertes y eficaces que volvieron
mi pecho. El de éste moveré con ellas).
"Amigo, si enfadaran mis consejos,
es buena la intención, perdona, y mira
que Dios rompe la paz y enojo toma
contra el hombre que ofende sus criaturas.
Huye el mal, busca el bien,
que es la edad corta,
y hay muerte, y hay infierno,
hay Dios y gloria."

GIL:

(Las últimas razones de mi vida Aparte
aquéllas son, que ya mi vida es muerta).

DIEGO:

"Si hay número en pecar determinado,
¿qué sabes, si te falta darme muerte
para ser condenado eternamente?
Huye el mal, busca el bien,
que es la edad corta,
y hay muerte, y hay infierno,
hay Dios y gloria."

GIL:

(Esa doctrina prediqué en un tiempo. Aparte
Moví con ella un pecho de cristiano;
mas yo me obstino más, que soy demonio.
Queden atados, a Lisarda busco,
porque muerte le dé su mano propia).

Vanse. Quedan atados don DIEGO y DOMINGO

DIEGO:

Vivos nos dejan, ¡oh, palabras santas!
Al fin son de don Gil esas razones.

DOMINGO:

Desátame, señor, primero y luego
desataréte a ti.

DIEGO:

¿Qué dices, necio?

DOMINGO:

Como estoy a la muerte desvarío.
San Sebastián parezco de azabache.
Quiera Dios que no lleguen las saetas.

Sale LISARDA

LISARDA:

(La fábrica del mundo comparada Aparte
con la celeste máquina en su punto,
y la gloria del hombre, es un trasunto
de la angélica empresa derribada.
Parece la presente edad pasada,
si la eterna de Dios contempla junto,
y al fin de largos años ve difunto
el cuerpo, envuelto en humo, en sombra, en nada.
La vida, el mundo, el gusto y gloria vana,
son junto nada, humo, sombra y pena.
Del alma que es eterna el bien importa;
pues, ¿cómo una mujer, siendo cristiana,
se opone contra Dios y se condena
por el gusto que da vida tan corta?)

DOMINGO:

Si tenéis necesidad,
gentilhombre, de un cordel,
yo os haré servicio de él.
Aquí le tengo. Llegad.

DIEGO:

Tened piedad, caballero,
de una extraña tiranía.

DOMINGO:

No repare en cortesía.
Desátame a mí, primero.

LISARDA:

Aquesta ocasión se opone
a mi buena pretensión.

Pónese la mascarilla

DOMINGO:

También es éste ladrón;
que la máscara se pone.

LISARDA:

(Al fin ha venido a ver Aparte
su castigo entre mis brazos.
¿Si es don Diego, si son lazos,
para qué torne a caer?
Ya vuelvo a la oscuridad.
No me quiero arrepentir.
Vela he sido que al morir
muestra mayor claridad.
Don Diego es. ¡Ingrato, muera!
Navegante soy que a nado
salí del mar del pecado
y me anegué a la ribera).
¡Muere, traidor!

Apunta a don DIEGO y no dispara

DOMINGO:

¡Santo Dios,
socorred en tanto mal!
No dio lumbre al pedernal
Sancte Petre, ora pro nos.
Pues que no hay santo lacayo
que me libre de este fuego,
válgame un santo gallego.
Socorredme vos, San Payo.

DIEGO:

Piedras me están perdonando,
y tú en matarme, ¿qué medras?

LISARDA:

Si te perdonan la piedras,
piedra soy, y así me ablando.
Perdón te pido, y confío
que así a Dios obligaré,
de modo que le podré
pedir perdón por el mío.
Enemigos importunos
tuvo Dios, y perdonó,
y en esto ser Dios mostró
más que en milagros y ayunos.
Y pues que me pecho sabe
en la ley de Dios glorioso
hacer lo dificultoso,
mejor hará lo süave.

DIEGO:
¿Quién eres?

LISARDA:
Decir pudiera
el que más has perseguido.

DIEGO: A ser quien más he ofendido,
que eras Lisarda dijera.
Pero yo no te he ofendido;
que no te he visto jamás.

LISARDA:
Toma, que desnudo estás.
Busca a quien comprar vestido.
Toma.

Dale una sortija

DIEGO:
Por favor del cielo
tomo la vida y las prendas.
¿Qué me mandas?

LISARDA:
Que no ofendas
cosas jamás de Marcelo.

DIEGO:
Soy tu esclavo hasta la muerte.
Cumpliré tu honrado gusto.

DOMINGO:
¿Por ventura soy el justo
sobre quien cayó la suerte?
¿He de morir?

DIEGO:
No.

DOMINGO:
Sospecho
que al árbol estoy pegado.

DIEGO:
Confuso voy y admirado

de quién tanto bien me ha hecho.

Vanse y queda LISARDA

LISARDA:

Ya, Dios santo, me dispongo
por serviros a morir,
aunque lo quiera impedir
el infierno a quien me opongo.

Sale LÍSIDA, pastora destocada

LÍSIDA:

Una desdichada ampara
que de la muerte se ha huído
y su honra ha detenido
tan a costa de su cara.
Sin aliento y fuerzas hablo.
Un esclavo me prendió
que en los hechos pareció
que era el esclavo del diablo.
Forzarme quiso y vencer
mis pensamientos honrados,
pero a gritos y bocados
me he sabido defender.
Con Dios no llevo deshonra;
mas lloro, y el alma siente
que en mi lugar, con la gente,
en duda tengo la honra.
Pobre soy, y habrá quien note,
pues tan desdichada he sido,
que el honor llevo perdido
sin hacienda, cara y dote.

LISARDA:

Dignos tus intentos son
de alabanza; digo que eres
confusión de las mujeres
y mi propia confusión.
Tanta envidia te he tenido
que me trocara por ti.
En tu peligro me vi;
faltó el valor. Fui vencido.
(Pero llevando esta pena Aparte
puede ser mi dicha harta;
que si aquésta ha sido Marta,

yo puedo ser Magdalena).
Lágrimas al cielo ofreces
y el cielo dote te dio;
que no es bien que goce yo
lo que sola tú mereces.
Unas joyas te daré
que en una caja pequeña
en guarda di a aquesta peña.

LÍSIDA:
Gran limosna, grande fe.

Saca de una peña el cofre de las joyas

LISARDA:
Era esta caja que enseñó
de una honrada desposada;
mas dejó de ser honrada
y ha menester otro dueño.
Toma y ves allí el camino.
Ya vas segura al lugar.

LÍSIDA:
Los pies os quiero besar
por hecho ten peregrino.

Vase LÍSIDA, y sale ARSINO, labrador

ARSINO:
¿No respetáis a la edad
ni a la pobreza, ladrones?

LISARDA:
Dios me da estas tentaciones
para moverme a piedad.
¿Qué tenéis, buen hombre?

ARSINO:
Vengo
de Coímbra, de la feria,
y ya lloro la miseria
de unos hijuelos que tengo.
Vendí un poquillo ganado
en treinta escudos, y aquí
un esclavo salió a mí
y sin ellos me ha dejado.

LISARDA:

¿Cuántos son los hijos?

ARSINO:

Dos.

LISARDA:

Esta limosna he de hacer.
Yo mismo me he de vender
en treinta escudos, por Dios.
Nada me queda que dar,
pero tu esclavo he de ser
y me has de herrar y vender
al señor de este lugar.
Perdíme no obedeciendo
y he de ganarme obediente.

ARSINO:

¿Quién habrá, señor, que intente
hacer lo que estás diciendo?

LISARDA:

Importa a mi salvación.

ARSINO:

Si al alma importa, obedezco.

LISARDA:

Señor, desde aquí os ofrezco
un esclavo corazón.

Vanse

ACTO TERCERO

Salen LEONOR y BEATRIZ

LEONOR:

Yo te confieso que me vi a peligro
de amar al forastero.

BEATRIZ:

¿Ése es peligro?

LEONOR:

¡Y con razón! Pues es el amor bueno
semejante al de Dios, y el de los hombres
es amor que se tiene a las criaturas;
que al fin resultan de [él] celos, cuidados,
deshonras, inquietud y breves gustos.

BEATRIZ:

Ya sale mi señor.

Sale MARCELO

MARCELO:

Hija y consuelo,
en los trágicos casos de esta vida,
ya te he dicho otra vez, aunque inclinada
a ser monja, que importa que te cases,
y más, faltando hoy de aqueste siglo
tu inobediente y desastrada hermana.
A don Sancho esperamos cada día,
con quien traté por cartas desposarla.
Tu habrás de sucederla en el marido
pues la sucedes en la noble casa.
Don Sancho es caballero rico y noble
y dicen que es discreto y de buen talle.
LEONOR: Siempre te obedecí. Lo mismo digo,
y pienso que don Sancho vendrá presto.

MARCELO:

¿Quién lo dijo?

LEONOR:

Sospecha es ésta mía.

BEATRIZ:

Ya viene la villana compañía.

Suenan cajas, sale[n SANCHO y] el alarde de los labradores,
sacan presos a don DIEGO y DOMINGO

SANCHO:

Ya que a la sierra por ladrones fuimos
y en ella no prendimos los ladrones,

porque el miedo los hizo fugitivos,
aquí traigo, señor, al homicida
de la bella Lisarda, cuyo caso
en el camino supe. Haz de él justicia,
o remítelo al rey. Tu injuria venga
aunque don Diego se ha fingido loco
que es, a veces, su fin tenerse en poco.

MARCELO:

Como el ave torna al nido,
el mozo al primer amor,
y el agua al mar desabrido,
así vuelve el ofensor
a manos del ofendido.
Delante los homicidas
vierten sangre las heridas,
y esto me sucede a mí
si estoy delante de ti;
que me has quitado dos vidas.
Mis hijos son otro yo,
y así agora que me viste
la sangre me reventó,
porque el homicida fuiste
que dos veces me mató.
Dame, falso, mi hija agora.

LEONOR:

Ingrato, dame a mi hermana.

BEATRIZ:

aidor, dame a mi señora.

DIEGO:

Dame tu mano tirana
la mujer que mi alma adora.
Dime, ¿qué Herodes judío,
qué Virginio, qué Darío,
qué Manlio y Bruto romano,
cuáles con su propia mano
hicieron tal desvarío?
Tú eres tu propio enemigo,
tú propio le diste muerte
por no casarla conmigo
porque el cielo quiso hacerte
ministro de tu castigo.

MARCELO:

Loco se nos finge ya.
Así librarte no intente;
pero es verdad. Claro está;
porque es loco el delincuente
que a las prisiones se va.
Pues Dios Fortuna esta rueda
para que yo vengar pueda
mis hijos, tu fin es cierto,
no por vengar los que has muerto
mas por guardar la que queda;
que tu condición tirana
por mi mal he penetrado.
Así volverás mañana
y si ahora vas perdonado,
matarás a la otra hermana.

DIEGO:

Antes, crüel, es más cierto
que si un noble la desea,
tú por quebrar el concierto
la matarás en tu aldea
como a mi Lisarda has muerto.
Viendo tu sangre vertida,
no imitó tu alma perdida
al pelícano, que el pecho
sangra y le deja deshecho
por dar a sus hijos vida.
Tú, fiera, ¡que el cielo dome!
Atropos del tiempo estambre,
deja que venganza tome.
Eres buho que con hambre
sus mismo hijos se come.

LEONOR:

¡En qué locura que ha dado!

MARCELO:

¿Veis cómo ha disimulado?
No te librarán embustes.

DOMINGO:

Aunque por mí te disgustes,
tú propio me lo has contado.
Tú la mataste.

MARCELO:

¿Otro loco?

Enciérrense en esa torre
mientras la justicia invoco
del rey.

DOMINGO:

Si Dios no socorre,
vivirá Domingo poco.
¿Quién me metió a mí en hablar?

LEONOR:

¿Cómo lo puedes negar
con tus locuras prolijas,
si traes puestas las sortijas
de mi hermana?

MARCELO:

Eso es triunfar
de su vida y sus despojos.
¡Ah, pensamientos villanos!
Pues por darme más enojos
con anillos en las manos
me queréis sacar los ojos.
Ya confirmo tu maldad.
Ponedle en una cadena,
que pienso que es caridad
quitar una vida ajena
de virtud.

DIEGO:

Llegad, llegad;
que como perro rabioso
os desharé entre los dientes.

SANCHO:

Loco se finge, furioso.

MARCELO:

Son embustes no accidentes.

DOMINGO:

Tú eres perro, yo soy oso.
Defendámonos, señor.

MARCELO:

Si es cobarde el que es traidor,
sabrás defenderte tarde
que eres traidor y cobarde.

DOMINGO:
¿Tal oigo?

SANCHO:
Es justo rigor.
Asidle bien.

DIEGO:
¡Ah, villanos!
¿Sabéis que soy quien merezco
respeto de vuestras manos?

MARCELO:
Llevadlos.

DOMINGO:
Cuervo parezco
combatido de milanos.
¡Mal hay tu necio amor!

DIEGO:
Dame a mi esposa, tirano.

MARCELO:
Dame a mi hija, traidor.

Métenlos dentro

SANCHO:
Dame a besarte la mano
por reverencia y favor.

LEONOR:
Yo la diera, mas no quiero
que la mano y voluntad
partas con el forastero.

SANCHO:
De un favor di la mitad,
y tú se lo diste entero.

LEONOR:

Habla a mi padre, porque
sepa quién eres.

SANCHO:
No quiero
hasta examinar tu fe.

LEONOR:
¿Qué temes?

SANCHO:
Al forastero.

LEONOR:
Tú te enojas y él se fue.

Vanse. Quedan LEONOR y MARCELO. Salen ARSINO, labrador, con
LISARDA, herrada en el rostro, en hábito de esclavo y escrito en la
cara, "Esclavo de Dios"

ARSINO:
Tu crueldad ha sido rara.

LISARDA:
No quiero ser conocido.
Estando así se repara
un yerro que he cometido
con los hierros de mi cara.
Un vida errada y loca
he vivido en edad poca,
y tendré salud segura
si al modo de calentura
me sale el yerro a la boca.

ARSINO:
No es posible conocerte
que tan crüel has estado,
y te has herrado de suerte
que el rostro has desfigurado
como suele hacer la muerte.

LISARDA:
Llega pues.

ARSINO:
Tendré obediencia.

LISARDA:

(No me deis a conocer, Aparte mi Dios, y haré penitencia).

ARSINO: En efecto vengo a ser el Judas de tu inocencia.

Mi señor, tan pobre vengo de pleitar la hacienda de unos hijos que mantengo que me es forzoso que venda este esclavillo que tengo.

Yo os lo venderé barato y os holgaréis del contrato; que aunque el hierro es excesivo ni es ladrón ni es fugitivo, que es humilde y de buen trato.

LEONOR:

l rostro tiene labrado de hierros, por vida mía, que el alma me ha lastimado.

MARCELO:

Algunas cosas haría que son dignas de este estado.

ARSINO:

No está así porque fue malo, mas porque malo no sea; que a un hombre de bien le igualo.

LEONOR:

Cómpralo, porque se vea sin esta cadena.

MARCELO:

Dalo con fianzas, que es mejor.

ARSINO:

Me excusa de eso el valor.

MARCELO:

Pues, ¿en cuánto le darás?

ARSINO:

En treinta escudos, no más.

MARCELO:
¿Qué es tu nombre?

LISARDA:
Pecador.

MARCELO:
Estimado en poco estás;
poco, Pecador, valdrás.

LISARDA:
Si este precio valió un justo,
siendo quien era, es injusto
que un pecador valga más.

MARCELO:
El esclavillo es discreto.

LEONOR:
¿Por qué te han herrado? Di.

LISARDA:
Por lo yerros que cometo.

LEONOR:
Luego, ¿mal has sido?

LISARDA:
Sí.

LEONOR:
¿Y ya?

LISARDA:
No serlo prometo.

LEONOR:
¿Qué seguridad tendrás?

LISARDA:
El mejorarme de dueño.

LEONOR:
¿Huiste?

LISARDA:
Una vez, no más.

LEONOR:
¿Fuiste ladrón?

LISARDA:
No pequeño.

LEONOR:
¿Has de serlo ya?

LISARDA:
Jamás.

LEONOR:
Humilde es; que su delito
nos confiesa a ambos a dos.

MARCELO:
¿Qué tiene en la cara escrito?

LEONOR:
Levanta. "Esclavo de Dios"

MARCELO:
Dueño tiene infinito.
Don temor te compraré
si eres de Dios.

LISARDA:
Lo seré
si me compras.

MARCELO:
Luego, ¿has sido
de otro?

LISARDA:
Quien libre ha vivido
esclavo de Dios no fue.

LEONOR:
¿Qué sabrás hacer?

LISARDA:
Sufrir,
obedecer y callar.

MARCELO:
Tres partes son del vivir.

BEATRIZ:
¿Sabrás traer agua?

LISARDA:
A faltar
la haré a mis ojos salir.

MARCELO:
ío el esclavillo es.
¿Qué haces?

LISARDA:
Besar tus pies.

MARCELO:
Levanta.

LISARDA:
Pasa por cima.

LEONOR:
Grande humildad.

BEATRIZ:
Me lastima.

LEONOR:
Pecador, veme después.

Vanse. Salen don GIL y los dos ESCLAVOS

GIL:
En los márgenes de flores
de estos arroyuelos claros
que ceban grillo de cristal
a los pies de robles altos
me parece que esperemos
que el sol sus ardientes rayos
templa, bordando las nubes

de arreboles nacarados.

ESCLAVO 1:
¿Vienes cansado?

GIL:
Me cansan
las acciones del pecado,
no el gusto de cometerle;
que en éste siento descanso.
Tres labradores he muerto,
dos mujeres he forzado,
salteé diez pasajeros,
y he aprendido dos encantos;
soy discípulo en efecto
de buen maestro, y esclavo
de buen señor que a la vida
me enseña caminos anchos.

ESCLAVO 2:
Gente pasa.

GIL:
Aunque el hurtar
no es agora necesario,
tiene fuerza la costumbre
nacida de tantos actos.

Salen el PRÍNCIPE y don RODRIGO

PRÍNCIPE:
En esas verdes alfombras
que suelen servir de estrados
a los rústicos pastores,
pueden pacer los caballos
mientras con curso ligero
camina el sol al ocaso
haciendo grandes las sombras.

GIL:
Mayor es vuestro cuidado.
¿Qué gente?

PRÍNCIPE:
De paz.

GIL:

¿De dónde
venís los dos caminando?

PRÍNCIPE:

¿Qué os importa?

GIL:

Soy amigo
de saber, y lo soy tanto
que siendo ignorante libre,
quiero saber siendo esclavo.

PRÍNCIPE:

Pues de aquesta mi jornada
brevemente os diré el caso.
En la ciudad de Coímbra
vive un canónigo santo
que es un vaso de elección
como otro divino Pablo.
Don Gil Núñez de Atoguía
se llama, y aficionado
a la grande relación
de su vida y sus milagros
quise venir de Lisboa
sólo con este criado
a visitarle, y en esto
fui devoto y desdichado;
porque llegando a Coímbra,
en lágrimas desatados,
hallé los ojos del vulgo,
porque era común el llanto,
y es la causa que don Gil
hoy ha sido arrebatado
como fue el profeta Elías
en otro encendido carro,
o a estrechar su penitencia
del mundo se ha retirado;
que en efecto no parece.
¡Suceso adverso y extraño!
Desconsolado me vuelvo
a Lisboa, donde aguardo
saber de él para cumplir
esta devoción que traigo.

GIL:

Si a don Gil hablar pretendes,
le hallarás hecho ermitaño
de una vida extraordinaria
entre esos altos peñascos.

PRÍNCIPE:

Deja que por esa nueva
baje a besarte las manos;
dime dónde, que en albricias
esta cadena te mando.

GIL:

Es ajena.

PRÍNCIPE:

¿Cómo? Es mía.

GIL:

Derechos son de este paso.
No te espante, y oye atento
los milagros de ese santo.
Huye del favor del cielo
perdiendo el bautismo sacro;
roba a todos los que pasan
y mata a muchos robados.
Mujeres fuerza y desea
juntamente.

PRÍNCIPE:

¡Calla, falso!
No ofendes su santidad.

GIL:

Pues con él estás hablando.
No te engañes; que en el mundo
es de fe que ha de haber santos;
pero sólo Dios penetra
los corazones humanos.
Muchos derribó Fortuna:
Pompeyo, César y Mario,
Claudio, Marcelo, Tarquino,
Mitrídates, Belisario.
Otros levantó la misma:
Ciro, Artaxerxes, Viriato,
Dario, Scila, Tamorlán,
Primislao y Cincinato.

Unos bajan y otros suben
de estados humildes y altos;
lo mismo en los santos pasa
si no están santificados.
Unos tienen el principio
gran virtud; mas un pecado
los derriba; y otros son justos
que al principio fueron malos.
En Salomón y en Orígenes
tenemos ejemplos raros.
Ambos sabios y ambos justos
y al fin idolatrarón.
De los otros son ejemplo
Magdalena, Dimas, Pablo,
y otros muchos. No te espantes
de verme a mí derribado.
Muchos milagros hicieron
que después se condenaron,
y otros grandes pecadores
hicieron después milagros.
Hasta morir no hay seguro
en aqueste mundo estado
porque sólo Dios conoce
los que están predestinados.
Un pecado llama a muchos,
porque es cobarde, y en dando
puerta al uno, está por tierra
el edificio más alto.
Perdí la gracia de Dios,
Él me soltó de su mano,
y al fin en aqueste monte
prendo, robo, fuerzo y mato.
De santo no quiero nombre.
Publica este desengaño,
y porque lo jures, deja
la cadena y los caballos.

PRÍNCIPE:
¿Es posible? ¿Éste es don Gil?

RODRIGO:
Señal da.

PRÍNCIPE:
¡Qué extraño caso!
Mira, don Gil.

GIL:
No prediques.

PRÍNCIPE:
Confuso estoy y turbado.

GIL:
Deje la cadena o muera,
y váyanse paseando;
que los caballos me importan.

PRÍNCIPE:
¡Que es posible!

GIL:
Calla.

PRÍNCIPE:
Callo.
Don Rodrigo, ¿éste es sueño?

RODRIGO:
Es prodigio extraordinario.

GIL:
Dices bien; que es prodigioso
un pecador obstinado.
Llevad los caballos luego
entre estas peñas, y en tanto
divertiré una tristeza
en las flores de estos prados.

Vanse los ESCLAVOS, y sale ANGELIO que es el demonio

ANGELIO:
No tengas melancolía.
¿Por qué con lágrimas bañas
el rostro? ¿No soy tu dueño?
¿Qué te aflige? ¿Qué te falta?
Buen amo soy; de dos mundos
soy señor y Dios me llama
grande príncipe en su iglesia;
que así mi poder le iguala.
Desde la región del fuego
hasta la esfera del agua

el corazón de la tierra
mi mano pródiga abraza.
Yo penetro con la vista
las avarientas entrañas
de la tierra, de tesoros
y de hombres muertos preñada.
Si acaso estas soledades
melancolizan y cansan
y te pide el apetito
comunicar gentes varias,
no te arrepientas, no lloren
los ojos que me idolatran,
y te llevaré a que mores
en ciudad extraordinaria.
Pintarla quiero, el pincel
es mi lengua, mis palabras
serán las varias colores
y tus orejas la tabla.
Pudiera, don Gil, pintarte
la ciudad que fue mi patria
de quien salí desterrado
por siglos y edades largas.
No te ofrezco esta ciudad;
que para mí está muy alta.
Ésta te ofrezco que tengo
cual si fuera imaginada.
La grandeza de París,
de Zaragoza las casas,
y las calles de Florencia
con igualdad limpias y anchas,
cielo y suelo de Madrid,
vega y huertas de Granada,
rica lonja de Sevilla,
de Játiva fuentes claras,
los jardines de Valencia,
escuelas de Salamanca,
y de Nápoles las vistas
que alegran el gusto y alma,
de Lisboa el ancho río
que cuando el tributo paga
al mar, parece que llega
no tributo mas batalla,
de Valladolid la rica
las salidas porque agradan
diversamente a los ojos,
prado, campos, montes y agua,

el gobierno de Venecia,
de Moscovia las murallas,
sólo faltarán los templos
que hay en la corte romana.
Aquí al modo de Castilla
toros traerán de Jarama,
y en caballos andaluces
verás mil juegos de cañas.
Los banquetes y saraos
serán al uso de Italia,
los torneos al de Flandes,
los juegos al de Alemania,
escaramuzas al uso
de la nación africana,
músicas de Portugal,
gallardas justas de Francia,
luchas, carreras al modo
de la griega edad pasada,
y en los públicos teatros
verás comedias de España.
Tendrán las damas que trates
la habla de sevillanas,
los rostros de granadinas,
ingenios de toledana,
los talles de aragonesas,
los vestidos y las galas
serán al uso moderno
de la corte castellana.
El pan te dará Sevilla,
las ásperas Alpujarras
la caza y fruta escogida,
y los vinos Ribadavia,
pescado Laredo y Adra,
y si extranjero le quieres,
vino te dará Calabria,
peces Licia, fruta Lecia,
pan Boecia, carne Arcadia,
sabrosas aves Fenicia,
bella miel la Transilvania.
No te faltarán riquezas,
oro te dará Dalmacia,
brocado y telas Epiro,
y Tiro púrpura y grana.
A medida del deseo
poder tengo y mano franca;
no te pese de servirme

ni te dé cuidado el alma.

GIL:

No quiero, dueño y maestro
cuya ciencia al mundo espanta,
repúblicas de Catón
en la idea fabricadas.
No quiero, no, la riquezas
de que el mundo ofrece parias
a soberbias majestades
de la gente idolatradas;
que entre relevados pinos
que son rústicas guirnaldas
de las ásperas cabezas
de estas soberbias montañas,
aprendo ciencias gustosas
y a costa de los que pasan
gozo diversos regalos
con la vida alegre y ancha.
Doncellas fuerzo, hombres mato,
niego a Dios, huyo su gracia,
y si el deleite me anima
infiernos no me acobardan.
Sólo quiero que me cumplas
una liberal palabra,
condición de la escritura
en tu favor otorgada.
Amo a Leonor, sufro y peno,
viviendo con esperanzas
que me convierten las horas
en siglos y edades largas.

ANGELIO:

Como obligado me tienes,
prevenido en eso estaba
y a pesar de su virtud
traigo a Leonor conquistada.
De su casa la he traído;
el monte pisan sus plantas,
con quien están compitiendo
limpia nieve y fina grana.
Vuelve los ojos y mira
el raro Fénix de Arabia
y el encendido planeta
que alumbra en la esfera cuarta.
Reverencia su hermosura,

esta imagen idolatra
a cuyas aras es justo
que sacrifiques el alma.

Sale LEONOR

Llega, habla, goza, gusta.
¿Qué tiembles? ¿Qué te desmayas?
Tuya es Leonor. No te admires.
Goza, gusta, llega y habla.

GIL:

Hermoso dueño del mundo,
que tienes tiranizadas
las almas con tu hermosura,
que ya da vida, ya mata,
en hora dichosa vengas,
huésped de nuestras montañas,
prisión de los albedríos
de cuantas miran tu cara.
Parece que triste vienes
a ser de estos montes alba,
mensajera de ti misma
que eres el sol que se aguarda.
Muda estás, Leonor, responde
si mis regalos te agradan,
con ánimo generoso
te mostraré manos francas.
Ven conmigo a aquesta cueva.
Será con tu gloria honrada.
Dame la mano. (¿Es posible Aparte
que he de gozar de esta dama?)

Vanse y queda ANGELIO

ANGELIO:

Sale a la plaza el toro de Jarama
como furia crüel de los infiernos;
tiemblan los hombres porque son no eternos,
cuál huye, cuál en alto se encarama;
herido el toro en cólera se inflama,
mármoles rompe como vidrios tiernos;
hombres de bulto le echan a los cuernos
y allí quiebra su furia, bufa y brama.
Soberbia fiera soy. Nada perdono;
tres partes derribé de las estrellas

para que al coso de este mundo bajen.
Heridas tengo y por vengarme de ellas,
coger no puedo a Dios porque están en trono
y me vengo en el hombre que es su imagen.

Sale don GIL abrazado con una muerte, cubierta
con un manto

GIL:

Quiero, divina Leonor,
pues que merezco gozar
de estos regalos de Amor,
tener luz para juzgar
de tus partes el valor.
No es bien que tanta ventura
se goce en la cueva oscura;
aunque, a ser águila yo,
viera los rayos que dio
este sol de tu hermosura.
¡Dichoso yo que he gozado
tal ángel! ¡Jesús! ¿Qué veo?

Descúbrela y luego se hunde

ANGELIO:

¡Cómo es propio del pecado
parecerle al hombre feo,
después que está ejecutado!

GIL:

Sombra infernal, visión fuerte,
¿a quién el alma perdida
le pagan de aquesta suerte?
¡Gustos al fin de esta vida
que todos paran en muerte!
¡Qué bien un sabio ha llamado
la hermosura cosa incierta,
flor del campo, bien prestado,
tumba de huesos cubierta
con un paños de brocado!
¿Yo no gocé a Leonor?
¿Qué es de su hermoso valor?
Pero marchitóse luego
porque es el pecado fuego
y la hermosura una flor.
Alma perdida, ¿qué sientes?

Dios sólo a sus allegados
da los bienes existentes,
el mundo los da prestados
pero el demonio aparentes.
¿No te espanta? ¿No te admira?
¿No te causa confusión?
Contempla estos gustos, mira
que no sólo breves son
pero que son de mentira.

Habla desde adentro una voz

VOZ:

¡Hombre! ¡Ah, hombre pecador!
Tu vida me da molestia.
Muda la vida.

GIL:

Señor,
¿Hombre llamáis a una bestia?
¿Vida llamáis a un error?
Voces en el aire oí.
Sin duda es Dios con quien hablo.
Libradme, Señor, de mí.
Seré en buscaros un Pablo
si Pedro en negaros fui.

ANGELIO:

Don Gil, ¿qué intentos son éstos?

GIL:

Hasme engañado.

ANGELIO:

No hay tal.

GIL:

Testigos son los sucesos
pues que di un alma inmortal
por unos pálidos huesos.
Mujer fue la prometida,
la que me diste es fingida,
humo, sombra, nada, muerte.

ANGELIO:

¿Y cuándo no es de esa suerte

el regalo de esta vida?
No tienen más existencia
los gustos que el mundo ha dado;
sólo está la diferencia
que tú corriste al pecado
el velo de la experiencia.
Verdadero bien jamás
dieron el mundo y abismo,
y así engañado no estás
pues que te di aquello mismo
que doy siempre a los demás.
En la mujer que más siente
belleza y salud constante,
hay seguro solamente
de vida un pequeño instante
y este instante es el presente.
Siendo pues de esta manera,
lo mismo podré decir
que fue su gloria ligera
un instante antes que muera
u otro después de morir.
Cautivo estás, la escritura
tengo firme. Porque al cabo
verás en la sepultura
de qué señor fuiste esclavo,
mira mi propia figura.

Vuélvese una tramoya, aparece un figura de demonio, y
disparando cohetes y arcabuces se va ANGELIO

GIL:

Santo Dios, con razón temo
la pena de mi locura,
pues siendo Tú, Dios Supremo,
extremo de la hermosura,
te dejé por otro extremo.
Libre me vi, siendo tuyo;
cautivo soy, siendo suyo.
Y en la visión que mostró
no sólo he visto que yo
esclavo soy, pero cúyo.
Ser tu igual ha pretendido
y hoy, aunque está derribado,
el mismo intento ha tenido;
que es ya mortal su pecado
porque no está arrepentido.

Pero este aspecto mostró,
porque si el alma temió,
diga que es Dios en poder;
y aunque le empiezo a temer,
eso no lo diré yo.
Su potestad negaré;
que sólo de Ti la alcanza
y yo, cuando Te dejé,
nunca perdí la esperanza
aunque he negado la fe.
La caridad me faltó
teniendo tal dueño yo.
Mis obras son maliciosas
pues hice todas las cosas
que cuyo soy me mandó.
Si eres, Señor, el ollero
que la escritura nos dice,
vaso tuyo fui primero,
y aunque pedazos me hice,
volver a tus manos quiero.
Has de nuevo un vaso tuyo,
que ya de este dueño huyo;
porque es tan malo, y tan feo
que me es fuerza, si le veo,
que no diga que soy suyo.
Justamente me recelo;
que, estando libre en mí mismo,
a Dios negué con mal celo,
a la Virgen, al bautismo,
fe, iglesia, santos y cielo.
Intercesor no me queda.
Dios airado me acobarda.
¿Quién hay que ampararme pueda?
Sólo el ángel de mi guarda
no he negado. Él interceda.

Pónese de rodillas

Ángeles, cuya hermosura
no alcanzó humana criatura,
vencer sabéis, rescatadme;
de esta esclavitud sacadme;
borrad aquella escritura.

Desaparece la visión, suenan trompetas, aparece
una batalla arriba, entre un ángel y el demonio en sus tramoyas,

y desaparecen

De alegres lágrimas llenos
los ojos, el bien me halla,
porque en los aires serenos
se dan por mí otra batalla
ángeles malos y buenos.
Coro de criaturas bellas,
vencer sabes, que no es sola
esta vez la que atropellas
el dragón que con la cola
derribó tantas estrellas.

Sale un ÁNGEL o dos triunfando al son de la música,
con un papel

ÁNGEL:

Don Gil, vencimos los dos;
tomas la cédula vos.

GIL:

Con ella mi dicha entablo,
esclavo he sido del diablo
pero ya lo soy de Dios.
El alma alegre le adora,
porque tanto la ha querido
que habiendo sido traidor,
dos veces la ha redimido;
una en la cruz y otra agora.
Comerme quiero el papel
que al mismo infierno me iguala.
Entre en este pecho infiel;
que si no hay cosa tan mala
bien estará dentro de él.
Pues la suma omnipotencia
del cielo, te ha rescatado,
vive, Gil, con advertencia,
pues asombró tu pecado,
asombre tu penitencia.

Vanse. Salen LISARDA con su cadena y RISELO dándole
empellones

RISELO:

Baste ya la hipocresía.
¡Toda la noche rezando!

Esclavo, estará buscando
qué hurtar antes del día.
En esta torre le encierro
lo que de la noche queda
porque huirse no pueda.
Rece y azótese el perro.
Éntrese dentro; que así
yo dormiré con sosiego.
Requerir quiero a don Diego,
aunque seguro está aquí.
Como Marcelo me ha dado
el esclavo y la prisión
a mi cargo, es gran razón
andar con este cuidado.

Vase RISELO

LISARDA:

Estos golpes me alegraron.
Dadme trabajos a priesa,
mi Dios, pues sólo me pesa
que a cinco mil no llegaron.
De nadie soy conocida
como el rostro me ha quemado
el mucho sol que me ha dado
en los montes, distraída,
o pienso que estos defectos
causa en mi rostro el pecado;
que como el alma ha mudado
mudó también los efectos!

Salen don DIEGO y DOMINGO con prisiones

DIEGO:

¿Si es de día?

DOMINGO:

¿Si de mí
entender eso procuras?
En estas cuevas oscuras
toda la vista perdí.
En el Limbo estoy, ¡por Dios!,
cual sin bautismo y pecado.

DIEGO:

Yo en un infierno abrasado.

DOMINGO:

Vecinos somos los dos.

Suena la cadena de LISARDA

¡Jesús! De alguna cadena
fue aquel extraño rüido.

DIEGO:

¿Qué será?

DOMINGO:

El alma habrá sido
de Lisarda que anda en pena.
Sin duda aquí la mataron,
y como te amaba tanto
se condenó.

LISARDA:

¡Ay!

DIEGO:

¡Qué espanto
esos suspiros causaron!

DOMINGO:

Habla paso. Ten sosiego.

LISARDA:

¡Ay, desdichada Lisarda!
¡Qué tribunal que te aguarda!
¡Qué mal hiciste, don Diego!

DOMINGO:

¿Has escuchado?

DIEGO:

¡Ella es!
¡Y de mí se queja!

LISARDA:

¡Ay triste!
¿Por qué tanto mal me hiciste?
Tú has de pagarlo después.

DIEGO:

Alto. Mi fin es llegado.
Marcelo me ha de matar
pues dice que he de pagar
el haberla yo adorado.
Temblando estoy. ¡Oh, quién fuera
escolar conjurador!

LISARDA:

Sufre y calla, pecador
antes que tu cuerpo muera.

DIEGO:

Domingo, ¿tan malo soy?
¿Tanto pecco?

DOMINGO:

Sí, has pecado
en haberme a mí enredado
en las penas en que estoy.

DIEGO:

Éntrate al otro aposento
donde estábamos los dos.

Suena la cadena de don DIEGO

LISARDA:

¡Qué extraño rumor, ay Dios!
Presagios son de tormento.

DIEGO:

Hablarla quiero. Lisarda,
mi inocencia me disculpa;
que en tu mal no tuve culpa.

LISARDA:

Aquesta voz me acobarda.
¡Jesús! Don Diego parece.
¿Si es don Diego?

DIEGO:

Tu perdón
espero en esta ocasión.

LISARDA:

Esta alma triste le ofrece.

DIEGO:

Tu padre ha sido crüel
connigo de aquesta suerte.

LISARDA:

Él, sin duda, le dio muerte
por vengarse de mí y de él.

DIEGO:

Sin culpa estoy, pues podía
llevarte a mi casa yo,
y la ocasión me quitó
don Gil Núñez de Atoguía.
En la noche desdichada
y última que me hablaste,
en la cual dices quedaste
engañada y deshonrada,
me predicó de manera
subiendo yo a tu balcón,
que me trocó la intención.
Fuime al fin. ¡Nunca me fuera!
Mira lo que has menester,
Lisarda, y dame lugar
que me vaya a reposar.

LISARDA:

Presto nos podremos ver
en la otra vida.

DIEGO:

¿No oíste
pronosticarme la muerte?
Triste voy.

DOMINGO:

Yo voy de suerte
que hiedo de puro triste.

Vanse los dos y queda LISARDA

LISARDA:

Basta que estaba inocente
don Diego, y fue desdichado,

pues que la muerte le han dado
por mi culpa solamente.
Si suelen tanto, Señor,
matar dolor y cuidado,
máteme a mí del pecado
el cuidado y el dolor.
Hacedme que sienta tanto
el haberos ofendido
que en lágrimas derretido
dé el corazón a mi llanto.
Ciegue de mucho llorar,
muera de mucho dolor.

Sale RISELO

RISELO:
Ya es de día, Pecador,
alto, al campo a trabajar.

LISARDA:
Vamos, compañero amado,
digo a vos, amado hierro.

RISELO:
¡Qué a espacio se mueve el perro!
Vaya pues, harto ha llorado.

Vase LISARDA

¡Ah, don Diego de Meneses!

Salen don DIEGO y DOMINGO

DIEGO:

¿Quién me llama?

RISELO:
En este día
morirás.

DIEGO:
Ya lo sabía
antes que tú lo dijese.

RISELO:
Está prevenido pues,

que quiere vengar Marcelo
sus dos hijos.

DIEGO:
Sabe el cielo
que mi culpa de uno es
y ya estaba perdonado.

DOMINGO:
Dios se lo perdone, amén.
Diga, ¿morirá también
un Domingo desdichado?

RISELO:
No un domingo; hoy sí, que es jueves,
morirán ambos a dos.

DOMINGO:
¡Malas nuevas te dé Dios;
que en pago de aquésta lleves!

Vanse. Salen el PRÍNCIPE y don RODRIGO

PRÍNCIPE:
Enamorado vuelvo a aquesta aldea.
No me aconsejes, don Rodrigo.

RODRIGO:
¿Quieres
obligarte a casar y dar cuidado
a tu padre y el reino?

PRÍNCIPE:
Si es mi prima
y la fama pregoná sus virtudes,
¿qué mucho que con ella me despose?

RODRIGO:
Sin voluntad del rey, no es acertado.

PRÍNCIPE:
Secreto puede estar hasta su tiempo.

RODRIGO:
Marcelo es éste, ¿piensas descubrirte?

PRÍNCIPE: Puede ser que de miedo de mi padre
no se atreva a casarme con su hija,
y así tengo elegido otro camino.

Sale MARCELO

El cielo os guarde, ilustre y generoso
Marcelo. Aquesta carta de don Sancho
el príncipe mirad.

MARCELO:
Seáis bienvenido.

PRÍNCIPE:
¿Conocisteis la firma de su alteza?

MARCELO: Muchas veces la vi.

Lee la carta

"Amigo y pariente:
Don Sancho es el que lleva aquesta carta.
Tratadle como a mí; que su persona
estimo en mucho, y dadle vuestra hija
y nunca os pesará del casamiento.
El príncipe don Sancho."
¿Sois don Sancho
de Portugal, señor?

PRÍNCIPE:
De ello estad cierto.
(Su rey de Portugal soy, y don Sancho). Aparte
Aquí estuve otra vez, y no he venido
a hablaros hasta aquí.

MARCELO:
Fue grande agravio,
y eslo también valeros de esta carta
del príncipe, si estaba yo esperando
por momentos serviros yo en mi casa
donde casaros con Leonor espero
ya que Lisarda, la mayor, es muerta.

PRÍNCIPE:
La historia supe ya.

MARCELO:

El traidor marido
pretendo castigar, pues soy justicia
en mi tierra y señor.

PRÍNCIPE:

Yo sé que el príncipe
y el rey lo aprobarán.

MARCELO:

Entrad en casa.
Descansaréis, señor, mientras prevengo
a Leonor.

PRÍNCIPE:

Es el ángel que yo adoro.

Vanse el PRÍNCIPE y don RODRIGO

MARCELO:

Bien manifiesta ser ilustre y noble
y el príncipe nos honra con su carta.
Hija Leonor, don Sancho es ya venido.

Salen LEONOR y BEATRIZ

Vista te tiene ya, porque encubierto
ha estado. Ya me habló, y luego pretendo
desposarte. Prevén lo necesario.

LEONOR:

Ya supe yo, señor, que era venido;
verme sin duda disfrazado quiso.

MARCELO:

Ése es un acto de persona cuerda.
Espera, le traeré porque le veas.

Vanse. Salen don SANCHO y FABIO. Queda LEONOR

SANCHO:

Ya vengo, mi Leonor, determinado
a que tu ilustre padre me conozca.

LEONOR:

Ya sabe como están en esta aldea

y quiere desposarnos.

SANCHO:
Soy dichoso.

LEONOR:
Dime, ¿quién era aquél con quien la banda
partiste?

SANCHO:
Es un truhán, un embustero,
que fingiendo ser rey, príncipe o duque
hace burlas. (El príncipe ha tornado. Aparte
Celos me abrasan).

LEONOR:
¿Cómo respetaste
su persona?

SANCHO:
De miedo no hiciese
algunas burlas o quién soy dijese.

Salen el PRÍNCIPE, MARCELO y don RODRIGO

MARCELO:
Venga el tirano homicida
de mis hijos, porque muera.
Será vigilia su muerte
de una alegre y grande fiesta.
Misericordia y justicia
tendré si de esta manera
desposo una hija viva
y venga una hija muerta.
Tú, generoso don Sancho,
que mis noblezas heredas,
llega a conocer tu esposa
si a estimar mi casa llegas.
Habla a don Sancho, Leonor.
Éste es el hombre que esperan
mis ojos, para el descanso
de esta edad cansada y vieja.

PRÍNCIPE:
Dadme, señora, las manos.

SANCHO:
(Amor, a muerte me ordenas). Aparte

LEONOR:
Pues, ¿también, como en los campos,
te burlas en las aldeas?
Ya he sabido tus engaños.
Tus gracias conozco, llenas
de mentiras y de enredos.

PRÍNCIPE:
¿Qué dices, Leonor discreta?
O estás necia o engañada.

MARCELO:
Habla a don Sancho.

SANCHO:
(Él intenta Aparte
desposarse con Leonor.
El cielo me dé paciencia).

LEONOR:
Señor, don Sancho es aquéste;
que no es don Sancho el que piensas.

SANCHO:
Don Sancho de Portugal
humilde los pies te besa.

FABIO:
(Triunfo ha salido de Sanchos Aparte
y todos lo son de veras;
mas del príncipe no sé
qué fin en esto pretenda).

PRÍNCIPE:
Don Sancho de Portugal
como a suegro te respeta.

LEONOR:
Mira que éste es un truhán
que hacernos burlas desea.

SANCHO:
¿Por qué me quieres quitar

la gloria, el ser, la nobleza?
Si es burla, basta, señor,
si es amor, tu amor refrena.
Ya sabes que te conozco
y si te casas con ella
no te casas con tu igual.
A mí que lo soy, la deja.
Mira, señor, que a adorarla
me han forzado las estrellas.

LEONOR:

(Si es truhán, ¿cómo le habla Aparte
con tan grande reverencia?)

MARCELO:

Confuso estoy, ¿qué es aquesto?

PRÍNCIPE:

No es posible bien la quieras
si quieres quitarla a un reino.
Yo la adoro. Ten paciencia.

Entra RISELO

RISELO:

Señor, a la posta [vienen]
a darte unas tristes nuevas.
El rey, tu padre, murió
y todo el reino te espera;
que ya tu ausencia ha sabido
y a buscarte agora entran
para llevarte, señor.

PRÍNCIPE:

LLevarles pienso una reina.
Marcelo, dame los brazos
si no es que acaso los niegas
porque encubrí mi persona.
Tu rey soy. ¿Qué dudas? Llega.

SANCHO:

Yo soy, señor, el primero
que ha de darte la obediencia.
Perdona que amor y celos
hicieron errar mi lengua.

MARCELO:

Mi príncipe y mi señor,
no te espante que no crea
mi ventura.

PRÍNCIPE:

Vuestro yerno
pienso ser.

MARCELO:

Gran dicha es ésta.
Honrar quieres esta casa.
Sea muy en hora buena.
Hija obediente y dichosa,
dale la mano a su alteza.

LEONOR:

Si una hija desdichada
te dio el cielo, es bien que tengas
otra dichosa.

Dale la mano LEONOR al PRÍNCIPE

MARCELO:

En ti he visto
mi bendición manifiesta.

RISELO:

Aquí está don Diego.

PRÍNCIPE:

Es justo
que pague tantas ofensas,
que a no ser propias y graves
perdonárselas pudiera.

Salen don GIL con un saco de penitencia, una soga a la garganta
y don DIEGO y DOMINGO

GIL:

Príncipe de Portugal,
que dichoso reino heredas
por muerte del rey Alfonso
tu padre que en gloria sea,
Marcelo noble y Leonor
que virtudes te hacen reina,

dadle esta muerte a don Gil.
No es bien que don Diego muera.
A vuestra casa y al cielo
ofendí como una bestia
sin razón; que de este nombre
es digno el hombre que peca.
El más grave pecador
que ha conocido la tierra
he sido, pero confío
en Dios y en mi penitencia.
Esclavo fui del demonio
a quien serví en esas sierras
haciendo torpes delitos,
forzando muchas doncellas.
Soberbio fui, soy humilde,
y con esta diferencia
soy tan pequeño que el cielo
sus secretos me revela.
Lisarda fue inobediente;
mas ya es tanta su obediencia
que es esclava de su padre
y Dios la tiene encubierta.
Su dolor ha sido tanto
que hoy de dolor quedó muerta
llorando la grave culpa
de quien merezco la pena.
La causa fui de su daño,
no es don Diego como piensan;
que como digo ha vivido
entre estos montes y peñas.
Perdonada está de Dios.
Su dolor la tiene absuelta.
María la pecadora
la llamad, tal nombre tenga.
Elevado está su cuerpo
en las murtas de esa huerta.
De la penitencia santa,
el alma a los cielos vuela,
y avergonzada la mía
públicamente confiesa
sus culpas, que Dios me manda
me acuse en público de ellas.
Y ya de Domingo santo
blanca saya y capa negra
me está esperando; que quiero
que asombre mi penitencia.

A voces diré mis culpas
y en la religión primera
de España quiero que el mundo
trocada mi vida vea.

Vase don GIL

PRÍNCIPE:

Don Gil, escucha, detente,
aguarda don Gil, espera...
¡Caso extraño!

LEONOR:

Estoy confusa.

MARCELO:

¿Si está mi Lisarda muerta?

Descúbrese LISARDA con música, muerta, de rodillas con
un Cristo y una calavera, en un jardín

Verdad dijo, ¡santos cielos!
Más hermosa y más perfecta
está que en vida.

LEONOR:

Y no tiene
los clavos y las cadenas.

MARCELO:

Mi maldición te alcanzó;
mas, si Dios así te trueca,
maldición dichosa ha sido.
Viva don Diego y no muera.

DOMINGO:

oy hago cuenta que nazco
con todas mis barbas negras.

DIEGO:

Merecen estos sucesos
una admiración eterna.

PRÍNCIPE:

Dése a Lisarda sepulcro
y vaya la nueva reina

a su corte, dando fin
a esta historia verdadera.

Cubren a LISARDA o llévanla en hombros.
Vanse todos

FIN DE LA COMEDIA